

libro al
viento

EL

Cesare Pavese



INTRUSO

Traducción de Juan Díaz Ortiz

Y OTROS CUENTOS



Libro al Viento

COLECCIÓN UNIVERSAL

Este ejemplar de Libro al Viento es un bien público.
Después de leerlo, permite que circule entre los demás lectores.

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

Carlos Fernando Galán Pachón

Alcalde Mayor de Bogotá

SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE

Santiago Trujillo Escobar

Secretario de Cultura, Recreación y Deporte

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES

María Claudia Parías Durán

Directora General

María Mercedes González Cáceres

Subdirectora de las Artes

Sylvia Ospina Henao

Subdirectora de Equipamientos Culturales

Gabriel Arjona

Subdirector de Formación Artística

Andrés Felipe Albaracín Rodríguez

Subdirector Administrativo y Financiero

Alejandra Soriano Wilches

Gerente de Literatura

PRIMERA EDICIÓN PARA

LIBRO AL VIENTO

Bogotá, noviembre de 2025

Los derechos de los textos, las traducciones y las imágenes de este libro pertenecen a sus autores. Sin embargo, queda prohibida cualquier reproducción (parcial o total) de esta obra en su conjunto sin consentimiento de Idartes.

© Instituto Distrital de las Artes – Idartes

© Catalina Navas, por la presentación

© Juan Díaz Ortiz, por la traducción

Javier Beltrán, dirección editorial

Camila Cardeñosa, diseño de la colección

Paula Andrea Gutiérrez Roldán, diseño y diagramación

BastardaType y **Camila Cardeñosa**, diseño de la tipografía Obispo

Jesús Goyeneche Wilches, corrección de estilo

© **Twice25**, por la fotografía de la página 128

Juan Díaz Ortiz, por la fotografía de la página 129

ISBN: 978-628-7686-86-1

Multi-impresos SAS, impresión

Impreso en Colombia

Noviembre de 2025

GERENCIA DE LITERATURA

IDARTES

Carrera 8 N° 15-46. Bogotá D. C.

Teléfono: (601) 379 57 50

www.idartes.gov.co

contactenos@idartes.gov.co

 [@LibroAlViento](https://www.facebook.com/LibroAlViento)  [@LibroAlViento](https://twitter.com/LibroAlViento)

EL

INTRUSO

Y OTROS CUENTOS

7
HOMBRES LLENOS DE RABIA

Presentación

15
LUNA DE MIEL

37
MAL DE OJO

47
EL CAMPO DE TRIGO

69
FIDELIDAD

91
PRIMER AMOR

111
EL INTRUSO

127
NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

128
EL AUTOR

129
EL TRADUCTOR

Libro al Viento es un programa de fomento y democratización del libro y la lectura del Instituto Distrital de las Artes - Idartes, entidad adscrita a la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte

HOMBRES LLENOS DE RABIA

Presentación

“El intruso”, el relato que da nombre a este libro de cuentos, fue escrito por Cesare Pavese en 1937, dos años antes del inicio de la Segunda Guerra y treinta años del primer trasplante exitoso de corazón. Un relato escrito en otro tiempo, para lectores de otro tiempo, diríamos.

Creemos que la humanidad progresó o que, así como entendemos la historia de la medicina o la computación como una sucesión de avances y descubrimientos beneficiosos para la existencia en la tierra, la historia de las interacciones humanas, o al menos la historia de los hombres y las mujeres, avanza, mejora, se suaviza. Los cuentos de Pavese, aunque escritos hace tantos años, resultan fatídicamente cercanos. Somos los mismos, atormentados por las mismas tristezas, separados por la misma distancia.

Como cuando vemos los pictogramas hechos por los habitantes de la Amazonia colombiana hace 20.000 años y sabemos que, aunque tengamos satélites, jabón antibacterial y tecnología GPS, tenemos la misma necesidad de registrar, documentar y conservar lo que nos paraliza de miedo y nos sobrecoge de belleza. Hacemos diarios, tomamos fotografías, pintamos en piedra. Dentro de nosotros, hoy, existe la misma pulsión que latía dentro de los humanos hace 20.000 años.

Al leer los cuentos de Pavese es imposible no pensar en la epidemia de soledad que atormenta a los varones de la primera mitad del siglo xxi, en el movimiento incel, en las estadísticas de feminicidios y violencias contra las mujeres, en las corrientes que pugnan por una vuelta a los roles tradicionales de género y por el arrebataimiento de los derechos ganados por el movimiento feminista; dicho de otra forma, en el aplanamiento de la realidad que piden los sectores conservadores y reaccionarios. Un perro infectado de rabia que se muerde la cola.

Los hombres de los cuentos de Pavese están tristes y llenos de rabia porque han perdido la capacidad de ser amados, porque temen a las mujeres, porque las desean y las resienten, porque la herida del rechazo supura y ellos no saben sino agrandarla.

Estos cuentos se leen con la angustia de presenciar algo de lo que todavía somos parte y de lo que hay que imaginar la salida.

Lidia, me hielas la sangre a veces: las conozco a ustedes, jóvenes. Creen que basta mirar a los hombres a los ojos como a los perros y dominarlos. Ustedes no saben que el hombre más vil, más mezquino, más vanidoso, puede doblegar a una mujer, humillarla, destrozarle la existencia. La naturaleza lo ha querido así. (p. 96)

La lectora del siglo XXI se queda helada, teme, ha visto demasiadas veces el personaje literario a los ojos.

Cesare Pavese se mató el 27 de agosto de 1950 en su cuarto de hotel en Turín. Pavese, de quien se dice que no sabía cocinar un huevo o planchar una camisa, se despidió entre barbitúricos de un mundo en el que no se sintió bienvenido. Tenía 42 años.

Los relatos que encontramos en este libro son un documento literario de ese desencuentro entre hombre y mundo, de esa soledad inmensa del que no se encuentra a gusto. Se dice que antes de matarse, Pavese intentó sin éxito llamar por teléfono a varias amigas. Nos preguntamos qué hubiera pasado si alguna de ellas hubiera contestado.

La literatura de Pavese se inscribe, junto con la de Vladimir Nabokov y la de Jim Harrison, en ese raro género que cuestiona las masculinidades dominantes, que documenta su estrepitoso fracaso y la soledad que acongoja al hombre que

no cuestiona la dominación. Los señores de Pavese, Nabokov y Harrison encarnan, trágicamente para ellos y para las mujeres que han tenido la desgracia de encontrárselos, la grieta del patriarcado.

Esta representación del fracaso de la masculinidad hegemónica es uno de los asuntos que hacen que la literatura de Pavese sea tremadamente relevante en nuestros días, no solamente por sus calidades literarias, sino porque su obra es un reflejo, un fantasma de otro tiempo, de esa llamada que el autor hizo a sus amigas antes de matarse. Pavese nos llama, a sus lectoras, a las escritoras y los escritores contemporáneos, para hacernos preguntas urgentes: ¿dónde están, en la literatura actual, las voces que ficcionarán otras masculinidades que no estén condenadas a la soledad del patriarcado? ¿Cómo imaginar un mundo nuevo donde la reparación y el reencuentro entre hombres y mujeres sea posible? ¿Dónde están, quién va a escribir, los referentes literarios para los jóvenes lectores que han sido capturados por el movimiento incel, que ha sabido oír la desesperanza y la soledad, pero no ofrece para nadie una salida vital? Leemos a Pavese porque es un maravilloso narrador, pero también porque en su cuestionamiento urgente está parte de la literatura del futuro.

Quizá estemos entonces frente al fin del viaje del héroe, frente la necesidad de imaginar nuevas estructuras narrativas

en las que no se trate ya de salir al descampado y volver a casa con la piel del oso en la espalda. Quizá haya que imaginar nuevos héroes.

Hay un personaje y es Pavese quien nos lo ha dado: es un hombre dueño de sus dolores, las manos sucias por el viaje en el que ha encontrado como sus antecesores una aventura, un ayudante, una lección. Regresa, aunque quizás el viaje haya sido interior o haya sido el encuentro con una mujer, con un otro o consigo mismo. Oye, se sienta. Se sabe cansado por la fábrica, por los ogros o los dragones; podría haber ido a cualquier parte en el ancho mundo de la literatura, pero no descarga su frustración contra nadie más, ni siquiera contra sí mismo.

Los cuentos reunidos en este volumen son Pavese que llama por segunda vez a sus amigas. Esta vez es una llamada a los miles de destinatarios de *Libro al Viento*, una llamada en la que Pavese anuncia que ya no se mata, que vive en un mundo que lo acoge, lo lee, imagina nuevos mundos donde la llamada telefónica no se queda sin respuesta.

Catalina Navas

EL

Cesare Pavese



INTRUSO

Y OTROS CUENTOS

Traducción de Juan Díaz Ortiz

LUNA DE MIEL

|

AHORA QUE, A PUNTA DE MORETONES Y REMORDIMIENTOS, he comprendido cuán necio es rechazar la realidad a cambio de fantasías y pretender recibir cuanto no se nos ha ofrecido. Ahora, Cilia está muerta. Pienso a veces que, resignando a las dificultades y a la humildad, como vivo ahora, sabría adaptarme con gusto a tales tiempos si volviesen. O tal vez sea esta otra de mis fantasías: maltrató a Cilia cuando era joven y nada debería haberme amargado; la maltrataría ahora por el encono y la ansiedad de los remordimientos. Por ejemplo, no tengo claro todavía, después de todos estos años, si la amaba de verdad. Ahora ciertamente la añoro y la encuentro en el fondo de mis pensamientos más diversos: no pasa un día en que no hurgue dolorosamente en mis recuerdos de esos dos años, y me desprecio por haberla dejado morir, sufriendo más por mi soledad que por su juventud. Pero —es lo que importa— ¿la amaba de verdad, entonces? Ciertamente no con el amor sereno y consciente que se debe a una esposa.

En realidad, le debía muchas cosas y no sabía corresponderle más que con una ciega sospecha sobre sus motivos. Y es una fortuna que mi ligereza innata no se profundizase tampoco en esas aguas, contentándome entonces con una desconfianza instintiva y negando cuerpo y peso a ciertos pensamientos sórdidos que, de ser albergados en el fondo del alma, me la habrían envenenado del todo. En cualquier caso, me preguntaba a veces: “¿Y por qué Cilia se casó conmigo?”. No sé si lo que me llevaba a hacerme la pregunta era la conciencia de un secreto valor mío o de una profunda ineptitud, el hecho es que me lo preguntaba.

Que Cilia me hubiese desposado a mí, no yo a ella, no se dudaba. Aquellas noches de desaliento que pasaba en su compañía, caminando sin paz por la calle, tomándola del brazo, fingiendo desenvoltura, proponiendo en broma saltar juntos al río —yo no daba a este pensamiento mucha importancia, porque estaba habituado— la trastornaron y la enterneieron, al punto de que me quiso ofrecer, de su salario de vendedora, una pequeña suma para sostenerme mientras buscaba un trabajo mejor. Yo no quise el dinero, pero le dije que, con encontrarnos en la noche, incluso si no íbamos a ningún lugar, me bastaba. Así se dio todo. Comenzó a decirme con mucha dulzura que a mí me faltaba una compañía digna, con quien vivir. Y que andaba demasiado por las calles y que una esposa

enamorada sabría arreglarme un refugio tal que, solo con entrar, me pondría contento, sin importar cuán cansado o disgustado me hubiese dejado el día. Traté de responderle que ni siquiera lograba ganarme la vida, pero hasta yo sentía que eso no era convincente. “Entre dos se ayudan”, dijo Cilia, “y se ahorra. Basta quererse un poco, Giorgio”. Yo estaba cansado y abatido. Esa noche, Cilia estaba adorable y seria, con un bonito sobretodo hecho por ella y un bolso agrietado: ¿por qué no darle esa alegría? ¿Qué mujer era más adecuada para mí? Conocía el trabajo, conocía las privaciones, era huérfana de obreros; no le faltaba un espíritu dispuesto y fuerte, más que el mío, de eso estaba seguro.

Le dije con gracia que si me aceptaba así, brusco y holgazán como era, me casaba con ella. Estaba contento, inspirado por el calor de una buena acción y por el coraje que descubría en mí. Le dije a Cilia: “Te enseñaré francés”. Ella me respondió sonriendo, con mirada humilde y aferrándose a mi brazo.

||

En aquellos tiempos me creía sincero y previne a Cilia sobre mi pobreza. Le advertí que me pagaban lo del día y no sabía lo que era un salario; que el colegio donde enseñaba francés me pagaba por horas. Un día le dije que si intentaba

conseguir alguna posición en la vida, necesitaba buscarse a otro. Cilia, ceñuda, se ofreció a continuar trabajando en ventas. "Sabes bien que no quiero", dije entre dientes. Con todo así dispuesto, nos casamos.

Mi vida no cambió notablemente. Ya anteriormente Cilia había venido algunas noches a estar conmigo en mi habitación. El amor no fue una novedad. Tomamos dos habitaciones abarrotadas de muebles; la de dormir tenía una ventana clara, donde pusimos el escritorio con mis libros.

Cilia sí se convirtió en otra persona. Había temido, para mis adentros, que, una vez casada, le saliera a relucir un vulgar desaliño que imaginaba venido de su madre. Al contrario, la encontré más atenta y pulcra que yo. Siempre arreglada, siempre en orden, incluso la modesta mesa que me preparaba en la cocina tenía la cordialidad y el cuidado de esas manos y de esa sonrisa. Su sonrisa, justamente, se había transformado. No era más aquella sonrisa, entre tímida y maliciosa, de la dependienta que se da una escapada, sino la del aflorar trepidante de una felicidad íntima, al tiempo sosegado y solícito, serio sobre la delgada juventud del rostro. Yo experimentaba una sombra de resentimiento ante esa señal de una alegría que no siempre compartía. "Me ha desposado y lo disfruta", pensaba.

Solo al despertar en la mañana mi corazón estaba sereno. Ponía la cabeza cerca de la suya. En la tibieza, me acercaba

a ella acostada, que dormía o fingía, y le soplaba el cabello. Cilia, riendo adormilada, me abrazaba. En otro tiempo, en cambio, mis despertares solitarios me helaban y me dejaban abatido mirando el brillo del amanecer.

Cilia me amaba. Una vez de pie, para ella comenzaba otra alegría: moverse, poner la mesa, abrir las ventanas de par en par, mirarme de reojo. Si me sentaba en el escritorio, daba un rodeo con cautela para no molestar; si estaba por salir, me seguía con la mirada hasta que partía. Cuando regresaba, se ponía de pie rápidamente.

Había días en que no volvía a casa con mucho gusto. Me irritaba pensar que la encontraría inevitablemente a la espera —aunque supiese que tal vez fingiera desinterés—, que me sentaría al lado de ella, que le diría más o menos las mismas cosas o quizás nada, y que nos miraríamos incómodos y sonreiríamos, y así el día siguiente, y así siempre. Bastaba un poco de niebla o un día gris para llevarme a aquellas preocupaciones. O, por el contrario, era un día despejado, con aire claro o un incendio de sol sobre los tejados o un perfume en el viento, que me envolvía y me atrapaba y deambulaba por las calles, reacio a la idea de ya no estar solo y no poder pasear hasta la noche y comer un bocado en una taberna al final de una calle. Solitario, como siempre había sido, me parecía que ya hacía bastante al no traicionarla.

Cilia, esperándome en casa, había comenzado a coser y ganaba algo. El trabajo se lo daba una vecina, una treintañera llamada Amalia, que nos invitó un día a almorzar. Vivía sola, debajo de nosotros; tomó poco a poco el hábito de subir con trabajo para Cilia y pasaban juntas la tarde. Tenía el rostro desfigurado por una quemadura horrible, que se había hecho de niña al echarse encima una olla hirviante, y unos ojos tristes y tímidos, anhelantes, que se torcían ante las miradas, como para excusar con su humildad la deformidad de sus rasgos. Era una buena chica. Le dije a Cilia que parecía su hermana mayor y, bromeando, le pregunté si de abandonarla yo un día, iría a quedarse con ella. Cilia admitió que podría traicionarla, si quería, con Amalia, pero que si llegara a hacerlo con alguien más, ¡ay del mundo! Amalia me decía "señor" y se intimidaba con mi presencia, lo que divertía mucho a Cilia y a mí me halagaba un poco.

|||

Aquella escasa formación académica, que en mí ha sustituido de mala manera la práctica de una profesión y que es la raíz de tantos de mis altibajos y malas decisiones, podía resultar en un buen medio de comuniación con Cilia si no hubiera sido por mi inconsistencia. Cilia era muy lista y deseaba saber todo

cuanto yo sabía, porque, dado que me amaba, se culpaba por no ser digna de mí y no se quería perder nada de lo que yo pensara. Y quién sabe, si yo me hubiese resuelto a darle esta modesta alegría, hubiera tal vez comprendido, en la tranquila intimidad de la ocupación común, cuán digna era ella y bella y real nuestra vida. Y tal vez Cilia viviría todavía a mi lado, con aquella sonrisa que en dos años se congeló en sus labios.

Comencé con entusiasmo, como sé hacer siempre. La cultura de Cilia consistía en unas pocas novelas por entregas, las noticias cotidianas y una dura y precoz experiencia de vida. ¿Qué debía enseñarle? Ella hubiera querido, mientras tanto, aprender francés, del que, quién sabe cómo, ya comprendía algo y que, sola en casa, exploraba en mi diccionario, pero yo apunté más alto y busqué enseñarle incluso a leer, a comprender los más bellos libros, de los cuales —mi tesoro— tenía una cierta cantidad en el escritorio. Me lancé a explicarle novelas y poemas, y Cilia hizo lo que pudo por seguirme. Nadie me supera en reconocer aquello que es bello y correcto en un cuento o en un pensamiento y en decirlo con palabras enardecidas. Me esforzaba por hacerle sentir la frescura de las páginas antiguas, la verdad de todos aquellos sentimientos, experimentados cuando ni yo ni ella estábamos todavía en el mundo, y qué tan bella y diversa había sido la vida para tantos hombres y por tanto tiempo. Cilia me escuchaba atenta

y me hacía preguntas y a menudo me avergonzaba. A veces, cuando caminábamos por la calle o cenábamos en silencio, ella comenzaba a comunicarme sus dudas con una voz cándida, y un día en que le respondí sin convicción o con impaciencia —no lo recuerdo— se echó a reír.

Recuerdo que mi primer regalo como esposo fue un libro: *La hija del mar*. Se lo di un mes después del matrimonio, precisamente cuando comenzamos la lectura. Hasta entonces no le había comprado ni vajilla ni ropa, porque éramos demasiado pobres. Cilia estuvo muy contenta y forró el libro, pero nunca lo leyó.

Con nuestros escasos recursos, íbamos algunas veces al cine y allí Cilia sí se divertía realmente. Le gustaba también porque podía aferrarse a mi brazo y pedirme cada tanto explicaciones que cogía al vuelo. No quiso que Amalia viniera al cine con nosotros, aunque una noche ella había preguntado si podía. Nos habíamos conocido en un cine, me explicaba, y en esa dichosa oscuridad debíamos estar solos.

La creciente presencia de Amalia en casa y mi merecida desilusión pronto me hicieron descuidar, y luego interrumpir, mis lecturas educativas. Me contentaba ahora, cuando estaba de buen humor, con bromear con las dos chicas. Amalia perdió un poco de su vergüenza y una noche, en que yo volvía tarde e inquieto del colegio, llegó a fijar en mí su

tímida mirada con un destello de reproche receloso. A mí también me repelía la horrible cicatriz en aquel rostro; busqué maliciosamente rastrear las facciones destrozadas y le dije a Cilia, cuando ya estábamos solos, que tal vez Amalia, de niña, se le parecía.

—Pobrecita —dijo Cilia—, gasta todo lo que se gana intentando recuperarse. Espera después encontrar marido.

—Pero ¿las mujeres no saben sino buscar marido?

—Yo ya lo he encontrado —dijo Cilia, sonriendo.

—¿Y si te hubiera ocurrido lo de Amalia? —pregunté con sarcasmo.

Cilia se me acercó.

—¿Ya no me querrías? —preguntó, balbuceando.

—No.

—Pero ¿qué tienes esta noche? ¿Te molesta que Amalia venga a la casa? Me da trabajo y me ayuda.

Me pasó que esa noche no podía liberarme de la idea de que Cilia también era una Amalia, que ambas me desagraban, y eso me enojaba. Miraba a Cilia duramente y su ternura ofendida me conmovía y me irritaba. Había visto por la calle a un esposo con dos niños mugrientos colgados al cuello y, detrás, una mujer enjuta, la esposa. Imaginé a Cilia envejecida, afeada, y sentí un nudo en la garganta.

Afuera brillaban las estrellas. Cilia me miraba en silencio.

—Voy a dar un paseo —le dije, con una sonrisa desagradable, y salí.

IV

No tenía amigos y me hacía la idea, a veces, de que Cilia era toda mi vida. Recorriendo las calles, pensaba y me lamentaba de no ganar suficiente para poder pagar todas mis deudas con comodidad y no tener que estar avergonzado al regresar. Yo no malgastaba nada de nuestro dinero —ni siquiera fumaba— y, orgulloso de esto, consideraba que al menos mis pensamientos eran cosa mía. Pero ¿qué hacer con estos pensamientos? Paseaba, andando a casa, miraba a la gente, me preguntaba cómo tantos conseguían fortuna, y anhelaba cambios y experiencias nuevas.

Me detenía en la estación contemplando el humo y el tumulto. Para mí, la fortuna era siempre la aventura lejana, la partida, el barco de vapor en el mar, la entrada en un puerto exótico con el fragor de metales y de gritos, la eterna ensoñación. Un día me detuve horrorizado, comprendiendo de repente que si no me daba prisa para hacer un viaje con Cilia joven y enamorada, una mujer marchita y un niño llorón después me lo impedirían para siempre. “Y si realmente llegara el dinero”, reflexioné. “Todo se hace con dinero”.

Hace falta merecer la fortuna, me decía, aceptar cada carga de la vida. Me he casado, pero no quiero un hijo. Por eso soy mezquino. ¿Es verdad que con un hijo debe venir la fortuna?

Vivir siempre absorto en sí mismo es algo deprimente, porque el cerebro habituado al secreto no duda en salir con tonterías inconfesables, que mortifican a quien las piensa. Mi actitud ante las sospechas sombrías no tenía otro origen que ese.

A veces fantaseaba también en la cama. Me atrapaba de repente, en ciertas noches sin viento, inmóvil, el silbido remoto y salvaje de un trueno y me sobresaltaba junto a Cilia, lo cual despertaba mis inquietudes.

Una tarde, en que pasaba por el frente de la estación sin siquiera detenerme, se me apareció de improviso un rostro familiar y me saludó gritando. Malagigi: hacía diez años que no lo veía. Nos apretamos la mano para celebrar. Ya no era el indecente y maligno demonio manchado de tinta y conspirando en el baño. Lo reconocí por su risa sarcástica.

—Malagigi, ¿todavía vivo?

—Vivo y contador. —La voz no era la de antes: me hablaba un hombre.

—¿También viajas? —me preguntó de repente—. Adivina a dónde voy. —Recogió mientras tanto del suelo una valija de cuero, que combinaba con su impermeable claro y la

elegancia de la corbata, y me tomó del brazo—. Acompáñame al tren. Voy a Génova.

—Tengo prisa.

—Luego partiré a China.

—¿De verdad?

—Así mismo. No se puede ir a China. ¿Qué es lo que tienen con China? En lugar de felicitarme. Podría no regresar.

—¿Eres también una mujer?

—Pero ¿a qué te dedicas?

—Voy a China. Ven adentro.

—No, que no puedo. Tengo prisa.

—Entonces ven a tomar un café. Eres la última persona de quien me despido.

Tomamos el café allá en la estación, en el mostrador, y Malagigi, inquieto, me informaba rápidamente de su destino. No se había casado. Había tenido un niño que había muerto. La escuela la había dejado después de mí, sin terminarla. Había pensado en mí una vez, repitiendo un examen. La lucha de la vida había sido su escuela. Todas las empresas se lo peleaban. Y hablaba cuatro idiomas. Y lo mandaban a China.

Insistiendo en la prisa que no tenía, fastidiado y derrotado, me marché. Llegué a casa todavía agitado por el encuentro, lanzándome hacia pensamientos convulsos por el inesperado paso de la adolescencia descolorida a la conmovedora insolencia

de ese destino. No es que envidiase a Malagigi, ni siquiera me agradaba, pero la repentina superposición de un recuerdo gris, que había sido también mío, con esa vívida y absurda realidad que apenas alcanzaba a vislumbrar, me atormentaba.

La habitación estaba vacía, porque ahora Cilia bajaba a menudo a trabajar donde la vecina. Me quedé meditando un poco entre la oscuridad, velada apenas por el brillo azuloso de la hornilla de gas sobre la cual la cacerola hervía silenciosa.

∨

Muchas noches transcurrieron así, solo en la habitación, esperando, dando vueltas o tumbado sobre la cama, absorto en ese altísimo silencio del vacío que la neblina del crepúsculo atenuaba poco a poco y que llenaba. Los murmullos de abajo o de más lejos —el vocerío de niños, el estruendo, los chillidos de las aves y algunas voces— apenas me alcanzaban. Cilia pronto se dio cuenta de que, al llegar, no me ocupaba de ella y estiraba la cabeza, desde el apartamento de Amalia, para escucharme pasar y llamar me. Yo entraba sin importar si me escuchaban y decía cualquier cosa. Una vez le pregunté con seriedad a Amalia por qué ya no subía a donde nosotros, donde había mejor luz, y nos obligaba a salir cada noche. Amalia no dijo nada y Cilia, desviando los ojos, se sonrojó.

Una noche, por contarle algo, le hablé de Malagigi y la hice reír de buena gana de ese sujeto extravagante. Me quejé, sin embargo, de que él hiciese fortuna y estuviese en China.

—A mí también me gustaría —suspiró Cilia— que fuésemos a China. —Yo hice una mueca—. Tal vez en una fotografía, se la podríamos mandar a Malagigi.

—¿Y no una para nosotros? —dijo—. No tenemos todavía una fotografía juntos, Giorgio.

—Dinero desperdiciado.

—Hagámonos una fotografía.

—Pero no deberíamos dejarnos. Estamos ya juntos día y noche. No me gustan.

—Estamos casados y no tenemos ningún recuerdo. Hagámonos una.

No respondí.

—Gastaremos poco. La pagaré yo.

—Háztela con Amalia.

Al día siguiente, Cilia, vuelta hacia la pared, con el cabello sobre los ojos, no quería si quiera mirarme. Después de algún intento de persuadirla, me di cuenta de que se resistía y salté de la cama fastidiado. También Cilia se levantó y, tras lavarse la cara, me dio el café con una calma recelosa, bajando los ojos. Me marché sin hablar.

Regresé una hora después. “¿Cuánto tenemos en nuestra libreta de ahorros?”, vociferé. Cilia me miró sorprendida. Estaba sentada frente al escritorio con un aire perplejo. “No sé. Tú la tienes. Trescientas liras, creo”. “Trescientas quince con sesenta. Aquí están”. Y planté el fajo sobre la mesa. “Gástalo en lo que quieras. Hagamos fiesta. Es cosa tuya”.

Cilia se paró y vino a mi encuentro.

—¿Por qué haces esto, Giorgio?

—Porque soy un estúpido. Escucha, no tengo ganas de hablar. El dinero, cuando es poco, no cuenta. ¿Todavía quieres la fotografía?

—Pero, Giorgio, lo que quiero es que estés contento.

—Estoy contento.

—Yo te amo.

—Yo también. —Le tomé el brazo, me senté y la senté sobre mis rodillas—. Sube la mirada. —Y puse una voz tierna, íntima. Cilia no decía nada y apoyaba la mejilla en la mía—.

¿Cuándo vamos?

—No importa —susurró.

—Entonces escucha. —La tomé por la nuca y le sonréí. Cilia, aún palpitante, se apretaba contra mi hombro y quiso besarme.

—Querida, pensemos. Tenemos trescientas liras. Dejemos todo y hagamos un viaje. Pero inmediatamente. Ahora. Si lo

pensamos de más, nos arrepentimos. Sin decirle a nadie, ni siquiera a Amalia. Nos quedamos por fuera solo un día. Será la luna de miel que no hemos tenido.

—Giorgio, ¿por qué no lo quisiste hacer entonces? Decías que era una tontería.

—Sí, pero esto no es una luna de miel. Mira, ahora nos conocemos, somos como amigos. Nadie sabe nada al respecto. Y, además, nos hace falta, ¿no crees?

—Es cierto, Giorgio, estoy contenta. ¿A dónde vamos?

—No sé, pero hagámoslo pronto. ¿Quieres que vayamos al mar? ¿A Génova?

VI

Ya en el tren mostré una cierta preocupación y Cilia, que quería hacerme conversación desde que partimos, me apretaba la mano y estaba como fuera de sí al encontrarme tan sombrío. Pronto comprendió y se puso a mirar por la ventanilla haciendo una mueca. Yo miraba al vacío en silencio y sentía en el cuerpo, en cadencia, las sacudidas de las ruedas en los rieles. Había gente en el vagón a la que apenas le presté atención. A mi lado pasaban rápidamente prados y colinas. Al frente también Cilia, pegada al vidrio, parecía escuchar alguna cosa, pero a veces con ojos fugaces intentaba una sonrisa. Me espió así por un buen rato.

Llegamos de noche, encontramos resguardo en un gran hotel silencioso, oculto tras los árboles de una avenida desierta. Pero antes subimos y bajamos en una búsqueda tortuosa que se sintió eterna. Hacía un día gris y fresco que invitaba a pasear y oler el aire. Al contrario, Cilia estaba colgada de mi brazo, muerta de cansancio y me sentí aliviado de encontrar dónde sentarnos. Habíamos recorrido tantas calles deslumbrantes, tantos callejones oscuros, con el corazón en la garganta, sin llegar nunca hasta el mar, y la gente no nos ponía atención. Parecíamos una pareja de paseo si no hubiese sido por la tendencia de Cilia a bajarse de la acera y sus miradas ansiosas a los transeúntes y a las casas.

Aquel hotel estaba bien para nosotros: ninguna elegancia, un joven huesudo comía con las mangas remangadas en una mesita blanca. Nos atendió una mujer alta y orgullosa con un dije de coral en el pecho. Me sentí contento de sentarme, porque, de todas maneras, andar con Cilia no me dejaba quedar absorto en aquello que veía ni en mí mismo. Preocupado y torpe, debía además tenerla al lado y responderle al menos con gestos. Ahora bien, yo quería —quería— contemplar, conocer por mí mismo la ciudad desconocida. Había venido a propósito.

Esperé, ansioso, a pedir la cena sin salir ni siquiera a ver la habitación y discutir. Aquel joven me llamaba la atención:

bigotes rojizos, mirada confundida y solitaria. Sobre el antebrazo tenía, descolorido, un tatuaje. Se marchó recogiendo una chaqueta azul marina con parches.

Cenamos hasta que fue medianoche. Cilia, en la mesita, rió mucho del aire desdeñoso de la casera. “Nos cree recién casados”, balbuceó. Después, con los ojos cansados y enternecidos: “¿Lo somos de verdad?”, me preguntó, acariciándome la mano.

Averiguamos sobre el lugar. Teníamos el puerto a cien pasos al fondo de la avenida. “¡Oh, qué tal!”, dijo Cilia. Estaba adormecida, pero quería hacer ese paseo conmigo.

Llegamos a la barandilla de una terraza, jadeantes. Era una noche serena pero oscura, y las farolas empujaban todavía ese fresco abismo negro que teníamos delante. No dije nada y aspiré sobresaltado el aire indómito.

Cilia miraba alrededor y me indicó una hilera de luces parpadeantes en el vacío. Una nave, ¿el muelle? Venían de la oscuridad alientos inestables, murmullos, golpes ligeros. “Mañana”, dijo embelesada, “mañana lo veremos”.

De regreso al hotel, Cilia me apretaba el brazo con fuerza. “Qué cansada estoy. Giorgio, qué bello. Mañana. Estoy contenta. ¿Estás contento?”, y me rozaba el hombro con la mejilla.

Yo casi no escuchaba. Caminaba con la mandíbula apretada, respiraba, me acariciaba el viento. Estaba inquieto, lejos de Cilia, solo en el mundo. En medio de la escalera le dije:

“No tengo todavía ganas de dormir. Ve tú, sube. Doy unos pasos por la calle y regreso”.

VII

Y también en esa ocasión fue la misma cosa. Todo el mal que le hice a Cilia y por el cual tengo todavía un remordimiento sombrío, en la cama, hacia el amanecer, cuando no puedo hacer nada para escapar; no sabía cómo evitar todo este mal.

Siempre hice las cosas como un estúpido, un soñador, y no caía en cuenta sino hasta el final, cuando era ya inútil el remordimiento. Ahora vislumbro la verdad: me he complacido demasiado en la soledad, al punto de que me atrofió toda mi sensibilidad para las relaciones humanas y me incapacitó para tolerar y corresponder cualquier ternura. Cilia no era un obstáculo para mí. Simplemente no existía. Si solamente hubiese comprendido esto y sospechado cuánto mal me hacía a mí mismo mutilándome de esa manera, habría podido resarcirme con ella con una gratitud inmensa, asíéndome a su presencia como mi única salvación.

Pero ¿alguna vez ha bastado un espectáculo de angustia ajena para abrirle los ojos a un hombre? ¿O no es necesario, al contrario, un sudor de agonía y la pena viva que llevamos, que nos acompaña por la calle, que se acuesta junto

a nosotros y nos despierta en la noche, siempre despiadada, siempre fresca y vergonzosa?

Bajo un alba neblinosa y húmeda, con la avenida todavía desierta, regresé adormecido al hotel. Vislumbré a la casera y a Cilia sobre la escalera, que discutían, aún con ropa de noche. Cilia lloraba. Cuando entré, la casera, en bata, pegó un chillido. Cilia permaneció inmóvil, apoyada en la barandilla; tenía una cara espantosa, deshecha, y el cabello y la ropa desordenados.

—Aquí está.

—¿Qué está pasando, a esta hora? —pregunté con severidad.

La casera, apretando su pecho, comenzó a vociferar. La habían despertado en medio de la noche, no aparecía un marido: llanto, pañuelos rasgados, el teléfono, la llamada a la estación de policía. ¿Era ese el modo? ¿De dónde venía eso?

Yo ya no estaba erguido y la miraba ausente y disgustado. Cilia no se movía: solamente respiraba profundo, con la boca abierta, y su rostro tenso brillaba.

—Cilia, ¿no has dormido?

No respondió. Lloraba inmóvil, sin cerrar los ojos, y tenía las manos juntas sobre el vientre, estrujando el pañuelo.

—Fui a pasear —dije taciturno—. Me detuve en el puerto. —La casera se preparaba para rebatir, alzando los hombros—. En conclusión, estoy vivo. Y muerto de sueño. Déjame tirarme en la cama.

Dormí hasta las dos de la tarde, a pierna suelta como un borracho. Me desperté de repente. La habitación estaba en penumbras; llegaba bullicio desde la calle. Instintivamente no me moví: ahí estaba Cilia, sentada en una esquina, me miraba y miraba a la pared, se revisaba las manos, sobresaltándose por momentos.

Esperé un poco y susurré, cauto: “Cilia, ¿me estás vigilando?”. Cilia levantó vivamente los ojos. Esa mirada trastornada estaba como congelada en su rostro. Movió los labios como para hablar, pero no dijo nada.

—Cilia, no está bien vigilar así al marido —proseguí con la vocecita bromista, como de niño—. ¿Has comido? —La pobre sacudió la cabeza. Entonces salté de la cama y miré el reloj—. A las tres y media sale el tren, Cilia, debemos apurarnos. Mostrémonos alegres frente a la casera. —Luego, dado que no se movía, me le acerqué y la tomé de las mejillas.

—Escucha —le dije, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas—, ¿es por lo de anoche? Pude haber mentido, decirte que me había perdido, endulzarte el oído. Si no lo hice, es porque no me gustan las quejas. Puedes estar tranquila, estuve solo todo el tiempo. Yo tampoco —y la escuché sobresaltarse—, yo tampoco me divertí mucho en Génova. Y no lloro.

MAL DE OJO

ESCUCHÉ UN DÍA QUE LA CAJERA DECÍA: “ASÍ ES, parece un enfermo, ¡qué odioso que es!”. Y me volteé muy sorprendido. Hablaban justamente de mi colega, que subía lentamente por la escalera con un montón de libros bajo el brazo. En el momento en que me volví, solo se veía emerger del pavimento su cabeza calva; luego, salieron sus hombros curvos, su túnica gris larga. Y Berto llegó a poner los libros, que tenía apretados contra el pecho, en el mostrador. Tenía en el rostro una tensión fija de angustia, como si hiciera un esfuerzo para no llorar, y extrañamente sus ojos parecían hundirse en sus párpados, brillantes como el agua de un pozo.

“Aunque no se ha casado”, le susurró el primer vendedor a la cajera, que todavía tenía la boca arrugada con la mueca de desagrado. Vio que la escuchaba y me hizo señas. Acerqué mi cabeza a la suya, inclinada, y me recordó ciertas noches en que se salía de la tienda en una tibieza primaveral. Nunca había estado así de cerca de esta mujer, que para mí, joven, era inalcanzable. “Gigi nos está escuchando”, dijo sonriendo.

—¿Siempre tiene una cara así en el almacén? —me preguntó, sombrío, el vendedor.

—Pues, señor, alguna cara tiene que tener —respondí.

—Eres un chico despierto —repuso—. ¿No te dice qué es lo que tiene, no se lamenta contigo? No se debe mirar a la gente de ese modo sin motivo.

—Yo me quejaré algún día —dijo la cajera.

—Si se desatase un incendio en la tienda o echasen a alguno, yo diría que tiene mala suerte, pero no soy supersticioso —dijo el otro, preocupado—. Tú, Gigi, ¿qué opinas?

—Cuando me pasa al frente, me produce repulsión —surró la cajera—. Temo que haya salido de la cárcel.

—La edad la tiene: pasa de los cuarenta.

Yo no había tenido ninguna de esas sospechas. Era entonces muy joven y poco propenso a estudiar las caras de los otros; menos aún la del silencioso Berto. Lo veía muy poco, porque yo andaba todo el día en bicicleta entregando pedidos. Las pocas horas que pasaba en el bodega, abriendo paquetes o buscando volúmenes para los vendedores, casi siempre veía a Berto de espaldas, concentrado en las estanterías, que registraba con la cabeza inclinada hacia un lado. O pasaba con pasos rápidos, como una sombra, mirándome sin decir nada. Si le gritaba cualquier cosa, se volteaba sorprendido y enseguida me ponía atención. Me parecía envejecido, quizás

desvalido. En una ocasión en que regresé empapado por la lluvia, me hizo una medio sonrisa, estirando la cara y guiñando sus ojos remotos.

Realmente, como decía la cajera, parecía un enfermo. Pero el enfermo de una fotografía, con la expresión inmóvil y estampada de manera imborrable. Incluso aquel color amarillento enfermizo, como de foto vieja, se notaba alrededor, en el brillo cansado de las bombillas económicas. Pero ni siquiera de esta tacañería del dueño, que nos hacía doler la cabeza al revisar los estantes, él nunca se quejó, salvo con la muda desnudez de aquellos ojos, siempre a punto de llenarse de lágrimas. Una vez, en que forzaba los ojos buscando un libro en una esquina, maldije ese tugurio y encendí un fósforo. Berto vino y lo sopló. Luego dijo, lleno de imaginación, que habría un peligro de incendio.

Era la misma noche en que me había enterado del disgusto de los vendedores. Veía a Berto y lo encontraba repelente. Su cabeza pelada, la boca caída, fija en una mueca. Y la piel toda arrugada, contraída, como por una fiebre congelada en los huesos o en el alma, me indignó. “¿Y es que estás mal del estómago?”, le vociferé levantándome.

Berto me repitió con su voz baja que no se podía encender el fósforo. Que con gusto él también habría fumado en el almacén, pero el patrón le había advertido claramente y

no podíamos desobedecerlo. Me eché a reír y le expliqué que me refería realmente a una enfermedad: cólicos, gastritis, los intestinos. “¿O tienes gonorrea, tal vez?”, concluí.

—La tuve a tu edad —dijo Berto, titubeando—. Es una enfermedad fea. Me he curado bien, sin embargo.

—¿Y ahora qué tienes?

—¿Ahora? —El estupor le blanqueó aún más el rostro, sobreponiéndose a la tensión habitual. Parpadeó—. No tengo nada. ¿Por qué? ¿Me veo mal?

Fui sincero.

—Pareces un muerto. Eso es lo que tienes. ¿Te golpean en tu casa?

Los ánimos de Berto se desvanecieron.

—Muchacho —dijo después, hablando despacio—, yo vivo solo. Y hace mucho tiempo que nadie me golpea. Debo haberme resfriado: soy viejo, por eso tengo mal aspecto.

Ese modo serio y estupefacto de recibir mi pregunta me impidió continuar. Era como caminar sobre arena: mucho cansancio y poco avance. Era verdad, en todo caso, que no había mentido. Y además, al estudiarlo un poco, su cara no mostraba que estuviera enfermo. Habría sido necesario que sufriera un dolor insoportable, continuo, para apretarle la boca y hundirle los ojos tan profundamente. Y, además, ¿cuándo se ve a un enfermo que no aprovecha ávidamente una posibilidad

así para quejarse? Lo de Berto era más bien una desolación, como la que aparece en la cara de un niño consentido que está a punto de llorar. Yo también comenzaba a sentirme mal en su presencia. ¿Cómo no me di cuenta antes?

El día siguiente, cuando subí a esperar un paquete, me di cuenta en un momento de que dos clientas fastidiosas buscaron al patrón por no sé qué enredo, y me acerqué al vendedor principal, que las miraba lívido y afectado.

—No parece que tenga una enfermedad —le murmuré, un poco orgulloso de hablarle con familiaridad.

—¿Qué cosa? ¿Quién? —farfulló.

—Berto —respondí intimidado.

—¡Al diablo! Es culpa de ustedes si no se mandan los pedidos. Al verles la cara, uno se olvida de los libros. ¿Qué haces tú todo el tiempo por aquí?

Me salvé como pude. A mediodía, la cajera me llamó gentilmente en el corredor y, poniéndose el sombrero, me preguntó si no podía ser yo quien subiera los libros. “Tú, Gigi, eres más esbelto, y, pues, para la tienda se necesitan personas con presencia. ¿Cómo se puede soportar a aquel viejo imbécil?”, y añadió, estremeciéndose: “Me lo imagino de noche en la oscuridad como un fantasma”. Le respondí que con gusto me ofrecería a ayudar, pero que cuando estuviese afuera haciendo encargos, tendría que hacerlo Berto. La bella Luisa se fue sonriendo.

Por varios días, después de la escena del fósforo, vi poco a mi compañero. Nos saludábamos a la hora de la salida. A menudo sentía esa mirada suya en mí y, al encontrarla, le veía una sonrisa penosa. Esa mueca suya me alarmaba y me producía una molestia casi física. Estaba siempre esa tácita angustia cobarde, esa inclemente soledad de los ojos. ¿De qué color se vería el mundo a través de esos ojos?

—¿Y tú que haces en las noches?

—Me voy a la cama a leer. No tengo ninguna otra satisfacción.

Lo que leía yo ya lo sabía. Casi cada noche, a la salida —lo había notado el día anterior—, se metía cualquier libro en el bolsillo interno del abrigo y lo devolvía furtivo, delicadamente, la mañana siguiente. A veces era un manual de historia, más comúnmente una novela. Yo sospechaba que la cajera hacía lo mismo.

En la taberna bebí un cuarto y Berto pidió un café. La bebida me calentó un poco la sangre y olvidé cuánto me molestaba su presencia. Todo lo contrario: le expuse mis proyectos, cómo planeaba volverme vendedor principal y que, esperando que eso sucediera, me contentaría con llevar a la cajera a las montañas.

Berto escuchaba con la habitual mueca de sufrimiento.

—Tú eres joven —me dijo—, tienes mucho tiempo: puedes incluso volverte propietario. Olvídate de la cajera. Por bien

que vaya, una mujer no puede darte sino hijos. Hay mucho tiempo por delante. Piensa en ganar ahora.

—¿Y a ti qué te han dado las mujeres? —le pregunté.

Berto respondió gravemente, cerraba los ojos como si quisiese sonreír:

—Nada. —Repitió después—. Nada. Así te pasará a ti, Gigi. A muchos les hacen mal. Piensa que hay una sola mujer idónea para cada hombre, y no siempre se encuentran.

—¿Una sola? —pregunté preocupado.

—Pero somos injustos —continuó Berto—. Para las mujeres es igual que para nosotros. ¿Qué les damos nosotros a las mujeres? Muchos las maltratan.

—Yo no —dije.

En conclusión, aquella tarde, la figura de Berto se me nubló y hasta me despedí de él dándole la mano. Pero ya en la noche, dormitando, experimenté como una vaga aprehensión por haber sido tan abierto ante esos ojos muertos. Hacia la mañana recordé con sobresalto que ya había visto antes esa mueca angustiosa, en mi propia cara, reflejada en una vitrina, aquella vez, cuando era joven, y mi padre me echó de casa gritando y dando patadas. Luego había encontrado trabajo y había sido acogido de nuevo, pero una experiencia como esa la recordaba ahora temblando. Los pensamientos que había tenido entonces —y entre los cuales el más alegre había sido

el de lanzarme al río— regresaron a mi mente. Ahora, Berto tenía precisamente la cara de quien sí se había lanzado, y que todavía llora por ello. Siempre, de la mañana a la noche.

El día siguiente hubo nuevos paquetes para traer a la tienda, y nosotros dos subíamos y bajábamos con grandes brazadas de libros, vigilados por el vendedor principal. Durante la mañana, este se llenó de impaciencia y especialmente a Berto no le pasaba una. Yo andaba en silencio y noté que, a la primera aparición del pobre tipo, un vendedor parado junto a la caja se hurgó en los bolsillos de los pantalones con vigor y le dijo algo a la bella Luisa. Ella soltó una risita y luego dirigió una mirada resentida a Berto, que se tambaleaba bajo su carga. Cada tanto, el patrón asomaba la cabeza desde su oficina y volvía satisfecho.

Hacia el mediodía hubo un poco de respiro y el vendedor principal me llamó para asignarme entregas.

—Berto es un buen hombre, ¿sabes? Debe haberlo abandonado su esposa —dije con desenvoltura.

El otro me miró fijamente.

—Lo habrá abandonado quien sea, pero maltrata los libros.

—Pero si los lee de corrido, sin pestañear —dije.

—¿Cuándo lee?

Me mordí la lengua.

—No sé... en el almacén, alguna ojeada en sus ratos libres.

Yo también leo alguna cosa que otra.

—¿Cómo? ¿Leemos acaso nosotros, los vendedores, mientras trabajamos? Ah, ¿es por eso que no sales nunca cuando te llamamos? Que sea la última vez.

—Pero no, señor, me equivoqué. Berto no pierde tiempo. Yo pude haber revisado tres páginas en los últimos dos meses. Me ha dicho solamente que disfruta la lectura.

—Pero no compra libros —concluyó sombrío.

Esa tarde la pasé toda por la ciudad entregando paquetes. Saltaba a mi bicicleta y me iba. Era un trabajo sin porvenir, como el del joven carnicero, y a veces humillante, pero quisiera ahora retornar a esa fuga irreflexiva por los caminos más variados, siempre alegre e irresponsable. Algunas veces llegaba a calles alejadas, tranquilas, donde nunca había estado, y hacía algunas carreras sobre el asfalto, y no me parecía ni siquiera estar trabajando. Luego volvía despreocupado, semeanteando a un ritmo lento, miraba a las chicas y terminaba un cigarrillo. Me pagaban por eso.

Regresé al anochecer. Había habido algo de sol sobre el pantano congelado de las calles y ya casi no sentía los dedos en el manubrio. Entré en la tienda, ya estaban cerrando.

Encontré al vendedor principal, muy seco, paseándose con aire ofendido delante de la caja, donde la bella Luisa estaba concentrada estudiándose las uñas. De la oficina de la dirección llegó una voz colérica: “Sabe que lo suyo es casi un robo?”.

Intercambiábamos miradas con los otros dos vendedores, que me hicieron señas con la mano de que alguien se iba. Creí que lo decían de mí y me temblaron las piernas. Miré de nuevo alrededor y ninguno se movía. Entonces pasé, levantando la bicicleta y bajé al almacén. La luz ya estaba apagada. Me quedé irresoluto en la oscuridad cuando, sobre el último escalón, oí la voz histérica gritar: “¡Se va, le digo! Y deje de mimarme de ese modo”.

EL CAMPO DE TRIGO

MIENTRAS DURÓ LA PRIMAVERA, NADIE HABÍA puesto atención a aquella hierba más tierna y más alta de lo habitual, pero ahora que las tardes se alargaban y la gente salía a la calle a tomar el fresco, la cosa saltaba a los ojos. El trigo se había puesto incluso más alto, amarillo y crujiente, con algunas amapolas, y un día el viejo quería segarlo, armar los atados y hablar de ello en las calles y en las tiendas. Tal vez intentaría venderlo.

Amalia veía ansiosa a ciertos jóvenes parados junto a la berma, justo donde terminaba el muro de la fábrica y comenzaba la franja del campo, frente a la casa. Los miraba con cierto recelo, entre vergüenza y esperanza que no sabía ni siquiera de qué era, ahora que el grano estaba verde. Pero los jóvenes miraban un poco y luego se iban.

Una tarde, mientras pasaban en bicicleta los obreros que estaban en las últimas casas del barrio, Amalia regresó a casa, con el sombrero en la mano, alzando la cabeza para no ver los tallos verdes. Comió de prisa, sin fijarse en los papeles sucios de la cocina o en los platos rotos. Comía lo que encontraba,

sin darle importancia: no le importaban las pantuflas de la madre ni los pantalones desabotonados del viejo o que este se limpiara la boca con el dorso de la mano, con tal de darse prisa, de no escuchar una vez más al viejo comenzar con su grano y lamentarse de que el abono no hubiese funcionado bien.

Salió sin sombrero al atardecer, alejándose de casa porque no quería que Tosca viniese a buscarla. Se marchó, tarareando en voz baja, hacia el final de la calle, donde comenzaban de nuevo los árboles, y buscó allí la luz de Tosca. La avenida estaba llena de niños que gritaban desde que había un poco de claridad. Amalia se detuvo frente al vidrio del Bar Americano y se revisó los labios y el flequillo. En el reflejo verdoso vio que tenía ojos profundos y crueles.

Tosca le había dicho una vez que envidiaba la casita aislada de ella. Ella solo comprendía la comodidad de no subir las escaleras. Para Tosca el domingo era bello si se iba a tomar la merienda en un prado, y su sueño era pasar un día de vendimia.

Alguien la miraba. Era el hermano de Tosca. Amalia le había respondido groseramente un día; esa cara paliducha con ojos malignos, las manos gruesas balanceándose, con las uñas rotas, le repugnaban. En esta ocasión murmuraba, sonriendo y sin moverse, un cumplido.

—¿Primero o después? —le preguntó Amalia, suavizando su sonrisa.

—Si me dices eso, después —dijo Tonino, estirando la mano.

—Estoy esperando a Tosca.

—Yo no —dijo aquel, y levantó los hombros. Amalia zapeó con impaciencia. Pero Tonino se reía, contento consigo mismo. Amalia comenzó a pasear, nerviosa.

Cuando estuvo sola, fue a caminar por la avenida, bajo la sombra de las plantas. Sobre todos los olores de frituras, de polvo, de calle, sentía llegar el fresco de la noche y lo disfrutaba. Disfrutaba a la distancia la sacudida del tranvía.

Esa noche, debajo del letrero rojo, Amalia vio los recuadros de las fotografías e hizo una mueca. Tosca no insistió y se alejaron con desgano. Llegaron frente al Giardino.

—Voy a ver si está alguno —dijo Tosca.

Una mano hizo una señal desde un grupo pequeño, sentado cerca del seto.

—Ven —dijo Tosca—, es Gianni.

—No tenemos ni siquiera un sombrero —dijo Amalia.

—Igual se lo quitan, ven.

Estaban Gianni, Tonino y todos los mecánicos del taller. En lugar de bailar, bebían cerveza. En el cemento, entre las plantas, había pocas parejas, pero la orquesta tocaba aún más fuerte. Estaba fresco bajo las plantas.

Amalia no aceptó la cerveza y pidió un café. Estaba furiosa de tener las medias de trabajo, porque sobre el cemento,

cuando hay pocas parejas, se ven las piernas. Vio a alguien de blanco que bailaba con las piernas desnudas, como si ya fuera verano. En una mesita en la penumbra entrevió una pareja: él, con aspecto deportivo y con bigote, tal vez el dueño del automóvil que estaba afuera; ella, pegada a su brazo mientras le hablaba, una dactilografa, tenía las uñas pintadas.

Tonino le preguntó con sarcasmo si quería bailar.

—Ahora estoy cansada.

Tosca y Gianni ya estaban sobre el cemento.

Los mecánicos callaban, sonriendo estúpidamente. De seguro habían interrumpido la conversación. Amalia los miraba inexpresiva. Tonino dijo:

—Sigan hablando, chicos, de todos modos, la señorita no es de Turín.

Y un idiota que Amalia no conocía preguntó:

—Ah, ¿sí? ¿De dónde es?

Otro dijo, sacudiendo la cabeza: “La mujer es siempre la mujer”.

Pero el estúpido de los ojos torcidos insistía. Fue Tonino quien, esta vez sin reírse, respondió con seriedad: “Somos agricultores. Estábamos cansados de plantar coles y hemos emigrado. ¿Qué habrá sido de ese pueblito?”, preguntó.

Amalia fingió no haber escuchado, pero se dio cuenta de que estaba sudando. Por un momento, el corazón le latía más fuerte que la orquesta.

Siguió Tonino: “En el pueblo somos soberbios con aquellos que no han venido a pastorear con nosotros...”

Venía hacia el grupo uno alto, con el pelo rizado, la chaqueta echada sobre el brazo, y uno de los mecánicos levantó la mando saludando. La camiseta blanca dejaba ver los brazos bronzeados. Era más que un obrero. El estrábico lo llamó Remo, riendo.

Intercambiaron saludos. Amalia estaba sentada con la cabeza baja. Luego escuchó que este Remo les decía a los otros: “¿Libre?”.

La orquesta comenzaba a tocar y Amalia se puso en pie, sonriéndole. Se encaminaron al cemento a pasos largos.

Más que abrazarla, el joven le tomó la mano, doblándose la contra su cintura y, en el instante en que le rodeó con la derecha, sintió la solidez de su espalda. Amalia se abandonó voluntariamente sobre él. Hacia el final de la pieza, él le preguntó en voz baja de dónde era.

Amalia le dirigió una sonrisa estúpida. No dijeron más.

Finalizado el baile, se miraron un momento. “Póngase la chaqueta, hace frío”. Deslizándose entre las parejas detenidas, llegaron a la puerta y salieron a la penumbra de la calle.

Su compañero se había puesto la chaqueta sobre la espalda y con largos pasos tranquilos se mantenía a su nivel. No hablaba, para dejarle a ella esa incomodidad.

Amalia, por un breve momento, se había olvidado de tenerlo al lado, pero luego se recobró y dijo: "Ya he tenido suficiente de esos cuatro maleducados".

El otro la miró, y luego dijo quejándose: "Son cuatro estúpidos, no entienden nada. ¿Cómo se llama?", y le tomó el brazo.

Amalia volvió a sentir el apretón fuerte de antes y se soltó con facilidad. "Solamente caminemos", dijo en voz baja.

Cuando llegaron al ferrocarril, entre casas y prados a oscuras, Amalia se sostenía de su codo y lo escuchaba hablar sobre la gran vuelta del año anterior, en la que él y el grupo de punta habían pasado justo por este obstáculo. Amalia recordó vagamente un domingo de multitud y de alboroto y una bandada de ciclistas encorvados y deformados sobre los manubrios. Amalia nunca había escuchado su nombre, pero el bailarín tenía de bueno que no se vanagloriaba y contó que corría en un equipo.

"¿Y ahora qué hace?". Entrenaba para una carrera en la Riviera. A Amalia comenzó a latirle fuerte el corazón, porque eso significaba que era un corredor importante. "¿Por toda la Riviera?", preguntó.

Remo no sonreía. Incluso en la oscuridad, Amalia se daba cuenta de que no sonreía ni siquiera cuando le dijo que era una chica bella y le acarició un costado.

"¿Toda la Riviera?". Remo dijo que las carreras se ganaban entrenando y que las calles eran todas iguales. Amalia sintió

un gran deseo de verle los muslos descubiertos: debía tenerlos robustos y bien formados. Le preguntó si tenía fotografías.

Remo, siempre estrechándole el brazo, preguntó: “¿Vamos al prado?”.

Mientras estaban sentados en la hierba, Amalia le preguntó cuándo se iría a la Riviera o si ya había ido. Remo respondió cualquier cosa y le puso una mano sobre la pierna, tomándola del cuello y besándola. Amalia se puso en pie de repente. Remo, al acecho desde la hierba, levantó la cabeza.

Amalia balbuceó: “Apenas nos conocemos”.

Remo se estiró para tomarle un tobillo. Amalia brincó hacia atrás, hasta el otro lado de la zanja. A lo lejos, bajo el farol, pasaba alguien en bicicleta.

Remo, siempre sentado en el prado, gruñó:

—Ven acá, estúpida, es de noche.

—No, no —dijo Amalia con el corazón en la garganta—, no somos perros.

Remo, blasfemando, se puso en pie. Amalia corrió ligeramente y se puso bajo la lámpara. Remo venía a grandes pasos. Amalia, ralentizando el suyo, desvió hacia la acera.

Amalia dormía sobre un sofá en la cocina y tenía un espejo y cajas pequeñas encima de la cómoda en la otra habitación,

donde dormían padre y madre. Por esto venía a casa solo a comer y a dormir. Ahora que frente a la puerta crecía el trigo, no se quedaba ni siquiera la mañana del domingo.

Las dos habitaciones de la casucha estaban peladas pero sólidas: parecían una taberna vieja. Amalia habría querido que los de la fábrica recuperaran de verdad el patio y la barraca y despejaran todo. Pero su padre parecía seguro y hasta había sembrado.

De noche se escuchaban a través de la puerta las voces de los escasos transeúntes, los ladridos de algunos perros y los trenes, y cerca al alba el chirrido de las carretas. A veces, aunque no tan a menudo, se escuchaba el silbido y el torbellino de un automóvil.

Esa era la casucha que Tosca consideraba más cómoda que su alojamiento del tercer piso. Tosca, en su lugar, no habría ido a sentarse en el prado con un ciclista, ni siquiera con Gianni. Ella nació en el barrio. Pero sí lo habría hecho en el cine o un domingo en el campo.

Ella lo había hecho de niña en el viñedo, pero ya no volvería a caer. ¿Había valido la pena venir a la ciudad y vivir su vida para tirarse en el prado como una campesina? Hacer eso no era el placer más grande y hacerlo así era un asco. Saber cuándo ceder significaba distinguirse de aquellas como Tosca, que, por una entrada o un viaje, se dejaban hacer de cualquier mecánico.

Todos los hombres son iguales —pensaba Amalia—, pero hay hombres de hombres. Sin embargo, el ciclista de aquella noche se había marchado soltando insultos. Amalia quería pedirle a Tosca que le pidiera a Tonino que averiguara con los otros, pero no quería ser motivo de burlas. Una noche estaba a punto de entrar al Giardino, pero vio ahí a todo el grupo, con Tonino en el centro, y se quedó afuera alargando el cuello, buscando entre las plantas la cabeza rizada del ciclista. Ahí estaba: tenía una camiseta con el cuello enrollado y discutía, con la cara roja.

Justo al día siguiente —era una mañana nublada y fresca—, Amalia se estaba limpiando en la esquina oscura de la cocina cuando miró a la ventana y pudo ver a un hombre alto, con las piernas desnudas, con camiseta y gorro blancos, que, apoyado sobre una bicicleta, levantaba el rostro para mirar. Era Remo.

Cuando salió ajustándose el cabello con la cabeza baja, Amalia atravesó en cuatro pasos el sendero que había entre el trigo y se dirigió a la calle. Se encaminó sin mirar y Remo iba a su lado, sosteniendo con la mano la bicicleta, que chirriaba. Tenía los muslos morenos de atleta, suavizados por un vello rubio. Amalia se maldecía por haberse dejado encontrar en la casa.

“¿Se va al trabajo?”, dijo Remo, despacio mientras caminaba. Amalia le dio un vistazo, irritada, no supo qué responder.

De repente, le preguntó, huraña: “¿Está entrenando?”, y se detuvo. A lo lejos, en la esquina, chicas y mecánicos estaban agrupados frente a la entrada. Estalló en el aire fresco la última sirena, larga, ensordecedora e imperiosa.

—¿Quién le ha dicho dónde vivo?

Remo no había escuchado.

—Paso por aquí todas las mañanas —dijo—, con mi pequeña. ¿Trabaja hoy?

—Tengo prisa.

—Esta noche paso a buscarla.

—Esta noche voy al teatro.

Remo no se sorprendió. Preguntó:

—¿Sola? —Y después—: entonces yo también voy.

—No pase a buscarme —dijo Amalia—, estaré frente al Giardino.

Esa noche, en cambio, fueron al cine del centro, porque Amalia le dio a entender que no le gustaba estar rodeada de las mismas caras de siempre. Antes de subirse al tranvía, Remo se volvió a poner la chaqueta. En el cine estuvo tranquilo, porque Amalia le tomó del pelo y le dijo que había tiempo para todo. El espectáculo, visto desde el cómodo sillón rojo, le interesó tanto que si en algún punto Remo hubiese intentado algo, se hubiera ofendido realmente.

En el camino de regreso se detuvieron en un café y Amalia lo hizo hablar sobre la carrera en la Riviera. Le habló del mar, de los bañistas y de las palmeras. Le preguntó si alguna vez había estado en el extranjero. Quiso que le describiese sus años pasados y sus proyectos si ganaba la carrera.

Remo hablaba con gusto de la bicicleta y de las carreras, pero aparte de eso no tenía mucho que contar. De tanto en tanto intentaba alargar una mano de repente y Amalia le daba un golpe en los dedos que la avergonzaba por la vivacidad del gesto.

No se dejó acompañar de vuelta hasta el campo de trigo: le estrechó la mano a Remo, que se quedó en medio de la calle, alto y un poco encorvado, mirándola alejarse.

Vinieron los días abrasadores y el viejo estaba muy fastidioso. Al llegar del trabajo, Amalia lo encontraba casi siempre frente a la casa, sopesando espigas, escardando maleza, volviendo a levantar el rostro radiante, oscurecido por un sombrero fibroso y amarillo, como se volvería su trigo. Iniciaba conversaciones con los transeúntes y era una fortuna que, por su vieja desconfianza, no hacía público su ridículo proyecto.

Pero razonaba ávidamente con la madre y calculaba: se veía ya dueño de esos cuatro palmos de tierra. Amalia habría dado

el frasco de colonia por que los de la fábrica los desalojaran. En cambio, el padre se volvía cada vez más diligente en la noche con sus rondas a los patios, y de las vueltas se quedaba casi hasta la mañana para que los dueños lo vieran, con la lámpara en el cinturón, entregar las llaves.

¿Cómo era posible que aquel cuerpo terroso y estropeado, criado entre tierra y establos, fuese de la misma carne que la del suyo? Amalia se estremecía pensando en que así se habían juntado él y la madre —la madre en sandalias—: la boca bigotuda y regordeta sobre el cuerpo exangüe de la madre, para traerla al mundo. Cuando se limpiaba encerrada en la cocina, erguida en la tina, a Amalia le parecía restregarse del cuerpo la tierra y el viñedo.

Una mañana, por la ventana, vio discutiendo al viejo y a Remo, que se había bajado de su bicicleta. Le hizo una escena a Remo y esa noche no fue a su cita. Corrió, apenas habiendo cenado, a la casa de Tosca, para no ser sorprendida por él en la casucha.

Encontró a Tosca comiendo una ensalada y a Tonino arreglándose la barba.

Se sentó en la mesa frente a Tosca. Tonino dijo que la veía por el espejo.

—Ustedes dos son afortunados —dijo Amalia—, así solos. Todo lo que ganan es de ustedes y si no les gusta algo, cambian.

—¿Por qué no te vienes con nosotros? —dijo Tonino—. Estaría bien para mí.

Tosca, masticando, miraba fijamente a Amalia. “Oh, ¡para ti!”, le dijo a Tonino. “La vida es un fastidio”, continuó, “yo querría haber nacido como tú, en el campo: al menos no se está encerrado todo el día y si uno está cansado, se echa a la sombra”.

Tonino se puso a cantar “Vuelve a tu pueblito”.

Amalia sonrió mirando la ensalada. “No es así de fácil. Hay que trabajar más que aquí y nadie te da las gracias. Están bien los cerdos, pero no quienes los cuidan. Es peor que ser un sirviente”.

“¡Si al menos hubiera ciclistas!”, exclamó Tonino, dando una media vuelta, con la boca torcida bajo la mano volteada.

Remo se reconcilió con Amalia, demostrando haber comprendido que ella no quería visitas cerca de la casa y esperándola frente al Giardino. Amalia sonreía al verlo venir indómito a su encuentro y tomarle la muñeca. Hasta le daba algo de pena encontrar esos ojos bajos y contritos. Bromeando una vez con Tosca en la fábrica, le dijo: “Solo le falta hablar”.

Remo había comprendido pronto que no le gustaba que pasaran el tiempo juntos frente a las caras habituales del barrio. Así, un domingo la llevó a una piscina elegante en la que los automóviles hacían cola.

Sentados sobre el mosaico fresco, con los pies en el agua verde-osa, fumaban un cigarrillo. Amalia miraba a los bañistas y envidiaba la línea esbelta de sus costados y espaldas. En su traje de baño estrecho se sentía un poco gruesa pero bien formada. Entendió que broncearse la piel cambiaba el tono con el cabello y que un pañuelo en la cabeza podía decir mucho. Y notó que pocos hombres estaban tan bien formados como Remo, tanto que mirándolo sintió por primera vez como una punzada en la sangre.

Tendida en la arena, con los ojos cerrados, el sol le parecía más brillante y estupendo que cualquier otro día. ¿Era posible que fuese el mismo que le quemaba las pantorrillas y la nuca en el campo cuando niña? Tendido a su lado, Remo le preguntó en un susurro si esa noche cenarían juntos. Amalia no respondió, pero aceptó.

Terminaron en una sala en la que servían meseros con chaquetilla blanca. Amalia estaba entumecida por la jornada al aire libre y le preguntó en broma a Remo si eso no afectaba su entrenamiento. Remo se rio mostrando los dientes por primera vez y le dijo: “El entrenamiento da fuerza, no la quita”. Ese día tenía la camisa con el bolsillo y el pañuelo.

“Soy una campesina pobre”, balbuceaba Amalia, mientras bebían vino blanco con hielo. “¿No has visto dónde vivo? Mi padre ha sembrado el trigo alrededor de la casa como si fuese un establo. Si tú me quieres de verdad, deberías prenderle

fuego a esa casa. Prenderle fuego al trigo por lo menos, arrancarlo, que nunca vuelva a verlo...”.

Remo la llevó alzada, mientras reía, por las escaleras de su casa hasta un ático del que tenía la llave y la mantuvo allí hasta las tres de la mañana.

En los días que siguieron, Amalia comenzó a odiar aquel ático, el catre de lona y el techo oblicuo con el que, si no se ponía atención, se podía golpear la cabeza. A pesar de su nueva intimidad, Remo no se volvía más efusivo.

Respondía con un gruñido cuando Amalia decía que sería bello ir juntos a la Riviera y tener una habitación bella y pasear por la playa. Amalia tenía remordimiento por fatigar demasiado el cuerpo de Remo antes de la carrera, pero entendía que debía ligarlo a ella, enamorarlo y en este punto negársele no serviría de nada. Necesitaba, por el contrario, habituarlo a ella. Tanto más porque también ella pasaba las noches en una picazón de sudor y solo encontraba paz en aquel salto que le daba la sangre cuando Remo la llevaba al altillo.

Un domingo fue en motocicleta, apoyada contra su espalda, a la Fuente Fría, donde había comitivas venidas de todas partes. Apenas habituada al equilibrio incierto, Amalia dio un vistazo a los campos que volaban alrededor y, al verlos de ese

modo, se sintió feliz. Regresando al atardecer, con el sol dorado, apretaba la mejilla contra la sólida espalda de cuero de Remo y entrecerraba los ojos frente al resplandor fugaz de los árboles.

En la Fuente, Remo había hablado con un señor vestido de blanco, que lo trataba de tú y le golpeaba la espalda con la mano. Era un técnico de la Federación. La mañana siguiente, Remo intensificó su entrenamiento y decidió con Amalia no cometer más excesos. En la noche se encontraban para tomar una cerveza o iban al cine. Amalia preguntaba todavía si podía acompañarlo a la Riviera el domingo de la carrera, pero Remo decía que no.

Poco a poco comenzó a verlo menos seguido —algunos momentos antes de la cena— porque poco después Remo se iba a acostar, para levantarse al alba. Estaba muy preocupado por la carrera y más silencioso que nunca.

Mientras tanto, el trigo crecía y se amarillaba. Aun con lo escaso que era, hacía una franja al frente de la casa que llegaba a la cintura y el viejo lo dejaba de cuidar solamente por la noche. Ya muchos chicos se habían llevado pescozones porque le lanzaban piedras al trigo. Amalia, al salir de ahí por la mañana, se avergonzaba si alguien la veía.

Una noche en que salía sola del cine, le dieron ganas de rehacer el camino a la reunión y se dirigió al Giardino. Oyó

la orquesta desde lejos y solo con acercarse ya disfrutaba el fresco de aquellas plantas. Se detuvo detrás de un seto y miró el cemento repleto y las mesas. Y vio sentados a los mecánicos —uno volvía con Tosca—, vio a Tonino que reía y vio a Remo. Remo que se había ido a acostar hacía tres horas.

Sintió un apretón en el corazón y luchó para no entrar. Después de todo, no estaba bailando nada. ¿Por qué habría mentido? No tenía necesidad, así de poco hablaba. Tal vez había tenido sed y había salido a conversar con sus amigos. Pero, pasado el día de la carrera, no lo dejaría más. Significaba demasiado para ella.

Sin embargo, si no hubiera tenido vergüenza de la mirada de Tonino y de los otros, habría entrado. Se alejó indignada y se aproximó a casa mirando apenas el trigo crujiente. ¡Que tan solo pasara rápido el día de la carrera!

La despertó en la madrugada el ruido de pasos y hasta un respirar jadeante detrás de la puerta. Tal vez era un perro o un borracho.

Pero una angustia vaga la mantuvo clavada en el sofá, con los ojos abiertos, mientras oía un ir y venir, un crujido —tal vez el viento—, pero el corazón se le había como apretado del horror y de la vergüenza de vivir en una cocina baja, detrás de una puerta, sobre la calle, a la merced de todos los transeúntes, como una campesina; de haber tenido en pleno

junio la ventana cerrada para que nadie entrase, de estar sola, de saberse burlada también por Remo. La invadió el terror de que la puerta no estuviese bien cerrada. Pero el fastidio por la gotera en el fregadero en la esquina fue más fuerte; cerró los ojos y decidió dormirse.

Realmente no había sido una noche de viento. El sol no se había levantado todavía, pero ya hacía calor. Sin embargo, Amalia, secándose frente a la ventana, vio la cama de trigo toda deshecha, derribada. Se veía el andén de la calle que todavía el día anterior ocultaban las espigas verdeamarillas.

Amalia estaba en la puerta cuando escuchó el chillido de la madre en la ventana. Ambas saltaron la zanja —Amalia ya tenía el sombrero— y vieron que los tallos estaban quebrados, destrozados, arrojados por todas partes sobre el terreno descubierto. Alguna espiga perdía los granos. Un obrero que pasaba en bicicleta se volteó para mirar.

La vieja —todavía descalza— se apretaba una mejilla con la mano, teniéndose el codo. “Esta vez tu padre nos mata”, dijo ronca.

Amalia alzó los hombros. Se inclinó, pasó otra vez la mano entre los tallos que dejaban ver, al lado, la tierra blanquecina. “¿Qué quieres que diga? Habrá sido un borracho. ¿Acaso nunca se ha emborrachado él?”.

Se fue con el remordimiento de dejar sola a la madre que lloraba; se fue rápidamente, porque comenzaban a pasar grupos de obreros en bicicleta. De repente se acordó de eso que, borracha, le había dicho a Remo.

Regresó a mediodía, sin estar acompañada por Tosca. De lejos, la casucha era la misma. Le retumbó el corazón cuando vio la franja devastada. La puerta se veía más desnuda.

—¿Dónde está papá?

La vieja soplabía dentro de la estufa.

—Fue a renunciar a la fábrica. Dice que lo hicieron destruir ellos, para recuperar la tierra. Quiere devolverse al pueblo. Quiere morirse de hambre. ¿Es posible que anoche no se hubiera escuchado nada?

—Para dos atados que serían, si mucho. Costaban más las semillas.

—Ve a decírselo a él. ¿Tú trabajaste esta mañana?

—Pero ¿regresa?

—Ya ha vuelto dos veces, ya no sabe a dónde ir. ¿Pero es posible que tú no hubieras escuchado nada?

Cuando el padre regresó, Amalia evitó la paliza teniendo el sombrero puesto y dejando los guantes sobre la mesa. Aunque muy rojo al entrar, el viejo poco a poco se puso flácido y nervioso; salió a rastrillar. Volvió con lagrimones y derramó la sopa en la mesa. La vieja callaba.

—¿Vas hoy a la fábrica? —preguntó el viejo inesperadamente. Amalia agachó los ojos sobre el plato.

—Trabaja para esas bestias, hazlo. Corre a hacer fila. Engórdalos. No necesitan a gente como tú. Trabaja. De día te hacen trabajar y de noche te pagan. Vieja, ¿dónde has puesto el azadón?

Amalia escapó media hora después, para no gritar. Deambuló por las calles desiertas bajo el sol, mordiéndose el labio, levantando la cabeza cuando al fondo de la avenida veía pasar un tranvía. De repente pasó un ciclista, con las piernas desnudas, polvoriento: no era Remo.

Bajo el portón de la fábrica, Amalia le pidió a Tosca que le hiciera compañía esa noche. Fue con ella cuando iba a comprar el pan y subieron juntas las escaleras sucias y se sentaron en la cocina a descansar un poco. Luego Tosca se dedicó a sus cosas. Llegó Tonino, que saludó con una seña de intención. Amalia le respondió con un saludo distraído. Mientras Tosca escurría la ensalada en el balcón, Amalia se levantó y comenzó a desatar el paquete de los huevos. Tonino, que se lavaba detrás del tabique, preguntó alegre:

—¿No me dice ni siquiera gracias? —Aparecieron los ojos y los cabellos desgreñados por encima de la madera.

—¿No sabe que le he hecho un favor?

Amalia levantó los ojos.

—Si este año hay que cosechar, estoy aquí. —Tonino salió a la cocina restregándose un hombro. La miró afilando los ojos y sonrió—. Me han dicho que antes de andar en bicicleta, quería ver aquel trigo cortado. ¿No me da las gracias?

Amalia, apoyada en la mesa, no comprendió de inmediato. Luego se le encendieron las mejillas y se le fue el aliento. Saltó a la puerta, la abrió y corrió hacia abajo. Volteaba la cara al caminar para esconderse y los gritos de los niños le llegaban como de una distancia remota, amortiguados por un zumbido. Poco después de estar en la casa se dejó golpear por el viejo que, con el pasar de la noche, todavía no se convencía de que ella, en la cocina, no hubiera escuchado nada.

FIDELIDAD

|

CUANDO TRAJERON A AMELIO A CASA DESDE EL hospital y lo acostaron en la cama, los otros dejaron de ir a visitarlo, pero Garofolo comenzó a ir entonces. Antes no se había decidido porque, aunque Amelio hubiese sido ingresado al hospital más sucio de gasolina que de sangre, decían que sobre aquella cama dormía ensangrentado, enyesado y atado como un gavión de cemento. Garofolo había visto la motocicleta y con eso había tenido suficiente.

Pero ahora que Amelio estaba condenado a no moverse más, Garofolo sintió la necesidad de hacerle compañía y ayudarlo como pudiera. Le habían dicho que cuando, en el hospital, le metían el cigarrillo en la boca y se lo encendían, Amelio cerraba los ojos como un niño. Salió con los bolsillos llenos de cigarrillos, pero Amelio le pareció cualquier cosa menos humillado. Por el contrario, miraba a los ojos como si uno no estuviera allí. Garofolo no lograba recordar qué cara tenía

antes, pero los huesos de la mandíbula y de la sien formaban cavidades negruzcas que dejaban ver cuánto había gritado y apretado los dientes.

A Garofolo siempre le había resultado difícil hacerlo hablar. Mientras fumaban, dejó salir una sonrisa, que terminó en una mueca.

—¿Qué es lo gracioso?

—Me río de Masino.

—No entiendo.

—Él también ha querido probar. Su padre desmontaba una moto; él le salta encima a todo lo que ve. Una vez en marcha se quedó con el manubrio en la mano. Ahora debe pagarla.

—Ignorante —dijo Amelio—. No sabe ni siquiera andar en bicicleta y quiere dárselas de mecánico.

Hacía una mañana fresca, con un poco de niebla clara: una luz fría llenaba el cristal. Amelio estaba tendido sobre el sofá de la cocina, cubierto por la sábana que se desbordaba hasta el piso. Tenía descubierto el pecho velludo de un rubio más pálido que el de su cabello y, apoyado sobre los codos, se rascaba una tetilla.

—Me parece que estás esperando a alguien —dijo Garofolo. Fue a abrir las ventanas—. No se escucha ni siquiera la calle —dijo—, se está bien aquí arriba. —Al voltearse, vio la cara tensa de Amelio, que estaba recostado bocarriba y con

la espalda arqueada sobre los codos. Tenía los ojos cerrados y respiraba.

Antes de salir, Garofolo había esperado a que la madre de Amelio fuese primero a la tabaquería. Pasaba toda la mañana haciendo compras y no había que dejarse atrapar por ella, porque cualquiera le servía de desahogo y tenía una forma de expresarse tan llena de rencor, que se entendía que el marido permaneciese callado. Pobre, su mujer había sido bella y se ve que había puesto toda su fuerza en aquel hijo violento y de buena presencia, y no debía creerse haber logrado tanto. Garofolo pensaba que, de los dos, él sufría más, porque si de verdad esa mujer había sido bella y robusta como decían, un joven como Amelio no debería haberle parecido un milagro como al marido.

El viejo daba pena. Había pasado el día anterior por la tabaquería —ya no todas las tardes, como en otro tiempo— a comprar medio cigarro toscano y había buscado en la caja con la cabeza gacha, con una meticulosidad distraída, refunfuñando en voz baja, flácido y amarillento como si fuese él quien estuviera lisiado.

—¿Y Natalina? —preguntó Garofolo.

Esta vez la mueca la hizo Amelio.

—Hace frío —dijo.

Cuando Garofolo volvió de la ventana, vio que Amelio reía mostrando los dientes como cuando estaba moreno por el sol.

—Las mujeres son siempre así: hasta que va, va... Pero yo todavía voy.

Garofolo sonrió.

—¿Ha venido a buscarme?

—Viene hoy en la mañana.

Garofolo se puso en pie.

—Es por eso que la esperas en la cama —dijo riendo.

Una vez en la calle, Garofolo se sentía feliz. Entonces Amelio estaba mejor que él. Eso es lo que significa saber conseguirse una chica: tiene compañía y disfruta. Bajo el sol y las hojas secas, Garofolo atravesó la avenida, y frente a la tabaquería se volvió para ver las piernas esbeltas de una que pasaba, envidiando a Amelio.

A decir verdad, el trabajo lo hacían los clientes, que echaban el dinero sobre el mostrador y tomaban ellos mismos los paquetes o los cigarros. Además, estaba su madre, que se encargaba de los sellos y la sal. Un negocio que andaba solo. Garofolo pensaba que si tuviesen más medios, su padre podría recibir también a Amelio, que necesitaba trabajar. Pero solo podría ser si, estando allá arriba, se decidieran a comprar la silla de ruedas y pasarse a la planta baja. Aunque, ¿alcanzaría a dar la vuelta la silla de ruedas detrás del mostrador?

Entonces entró a la una Natalina, sin sombrero y perfumada, y miró de mal humor a Garofolo volver de la trastienda. Natalina no venía a menudo —tenía una tabaquería frente al

laboratorio—, pero sabía que Garofolo era amigo de Amelio y antes de la desgracia lo había visto entrar algunas veces con él.

—Hacía frío esta mañana —dijo Garofolo—. Se estaba bien en la cama.

Natalina levantó la mirada entre el cabello e hizo esa mueca riendo. Garofolo abrió el mostrador y tomó los frascos de la vitrina. Mientras olían, se esparcía más fino y más cálido el aroma moreno de ella.

Después de la colonia, la violeta, después de la violeta, el Nocturno. Natalina tenía prisa y no encontraba lo que quería.

—Tengo un hambre —dijo— que ya no veo nada. Pasaré otro día.

||

En la noche, Garofolo todavía estaba contento y fue al billar. Estaba Masino, con la cabeza vendada, que esperaba a cualquiera para quejarse.

—¿Cómo estás? —preguntó Garofolo.

—Mal.

—Bueno, pero está peor la motocicleta.

—Hay que saber caer —dijo Masino.

Entró en la discusión el dueño, que traía un café:

—Hay que aprender a estar erguido.

—Si no me dejaba caer así, me rompía la espalda —dijo Masino, vivamente. Se calló—. Como Amelio.

Se callaron los tres un instante.

—Amelio está bien ahora —dijo Garofolo—. Ya anda pensando en chicas.

—Ah, ¿sí? —dijo el dueño—. ¿No le molesta? Nunca lo habría pensado. Pues bien, puede estar contento.

—¿Y las piernas? —interrumpió Masino.

—Como si estuvieran tiesas. Una vez tocada la espina dorsal, se salta la válvula. Las órdenes salen de allí.

Continuó el dueño:

—Paciencia, paciencia, al menos que se salvan las piernas sin hueso. Estoy realmente contento, porque se lo merece. Lo necesitaba. Es un milagro que no les ocurre a todos. ¿Te ha mostrado?

Garofolo sonrió.

—A mí no.

Garofolo pensaba que en la cocina de Amelio debía haber quedado ese rastro de perfume. Quién sabe si, con el regreso del padre y la madre, habrían llevado a Amelio con Natalina al sillón del dormitorio. Total, se portaban como esposos y Amelio no era de vergüenzas.

Con Natalina, Amelio siempre había mandado. Bastaba con ver cómo la dejaba en la puerta cuando entraba a comprar

cigarrillos y cuando salía, ella corría a tomarle el brazo. Y por la calle, cuando se encontraban a alguien, Amelio se paraba a hablar como si estuviera solo. Una noche, Masino y Garofolo querían hacerla bailar y, a mitad del baile con Masino, Natalina se había excusado y había escapado hacia la entrada, donde la esperaba Amelio. No había hora alguna en que no los encontraran paseando y los domingos salían en moto.

Garofolo intentó varias veces convencer a su padre de recibir a Amelio en la tabaquería, pero el padre ni siquiera escuchaba y fue la madre la que de una vez por todas le dijo claramente que no hablara tonterías. De hecho, ni él mismo lo pensaba en serio. “No puede ni siquiera subir las escaleras”. En todo caso, Garofolo pensaba que alguna cosa se habría hecho si la desgracia hubiera caído en su familia o si los padres de Amelio tuvieran una tabaquería.

Pero las desgracias nunca vienen en el momento justo. ¿Qué vida podía darle a Amelio y a su pareja esa vieja que ahora se peleaba con todo el mundo? Garofolo no regresó al día siguiente a ver a Amelio, un poco por no atarse demasiado y también porque no sabía si la vieja habría salido.

Regresó una tarde en que el aroma del perfume ya se había desvanecido por completo. La cocina olía a pies y a humedad. Había poca luz —afuera lloviznaba— y a Amelio no lo habían levantado. La puerta estaba abierta.

Amelio tenía una barba de muchos días y antes que nada quería fumar. Estaba apoyado en el muro frío, sentado sobre las mantas.

“¿Cuándo se cambian de casa?”. Se sabía que hasta la primavera no se trasladarían, pero lo dijo por preguntar.

Amelio fumaba con los ojos cerrados.

—Ayer por la noche hubo una pelea en el cine —dijo Garofolo—. Había uno que metía una mano sobre el agujero y hacía sombras. Silbaron, luego se escuchó silbar a una mujer y la sacaron unos soldados, parecía muerta. Tenía una media rota, pero cuando se recuperó se vio que era jorobada. Jorobada como una bruja. Pero qué gente que hay ahí: ¡meterse con una bruja!

—En la oscuridad —dijo Amelio—, todas están bien.

—¿No te levantas? —preguntó Garofolo.

—¿Cómo lo hago? —dijo Amelio, y abrió los ojos—. Hace falta alguien experto para cargarme. Total, da lo mismo.

—¿Dónde te ponen?

—Allí en el sillón.

—¿Y tu padre?

—Sigue adelante como puede. El último dinero se lo han sacado para hacerme un tratamiento con electricidad. Como si yo fuera un dinamo.

—¿Cómo te estás cuidando ahora?

Amelio alzó los hombros. Garofolo le preguntó si quería jugar cartas. Sacó de la funda la baraja —ya estaba húmeda— y se sentó en el sofá con cautela. Mientras repartía sobre la manta un triunfo, dijo, jovial: “Deberíamos ser cuatro”. Y después, bajando la baraja: “¿Cómo va Natalina?”.

Amelio aspiraba y no respondió. Comenzaron a jugar en silencio. Las manos y la cara huesudas de Amelio parecían chupadas. Garofolo ganaba, pero sin interés no había gracia. Terminada la mano, ninguno contó los puntos y lo dejaron así. Algunas cartas se cayeron al suelo.

Los ojos de Amelio brillaban. Parecía que tuviese fiebre. De repente torció los labios y dejó escapar un suspiro que contuvo rápidamente.

—Estoy harto de estar aquí adentro —lloró en silencio.

A Garofolo le pareció estar viendo a un niño. Agachándose a recoger las cartas, balbuceó:

—Piensa en recuperar tus fuerzas, estás pálido. En la primavera saldremos.

—Mientras esté aquí dentro, como una planta en un sótano, seguiré teniendo esta cara. Fuerzas ya tengo. Estaría mejor si no las tuviera.

—¿Por qué nunca abres? —preguntó Garofolo.

—Luego hiela, ¿y quién cierra?

—Está tu mamá.

Garofolo, apoyado en la pared, sonrió.

—Ella solo tiene miedo de que alguno de ustedes me traiga de beber. Olfatea hasta el aire. Tiene la botella bajo llave.

—¿Quieres que yo te traiga? —preguntó Garofolo.

Amelio levantó los hombros.

—Para fumar más bien. Para fumar. Luego, si hay, para beber.

—Sí, pero debes controlarte —dijo Garofolo, parándose—.

Cualquier desorden te puede sentar mal —hablaba, mirando hacia otra parte.

—¿Te vas?

—Me voy antes de que vuelva la vieja. —Le puso los tres paquetes sobre la almohada.

Amelio lo dejó llegar hasta la puerta, luego lo llamó.

—¿No quieres verme las piernas?

Volteándose, Garofolo lo vio acostado en la cama, la sábana hasta los pies, la camisa en la barriga. Tuvo que acercarse. Las piernas huesudas y fuertes eran dignas de Amelio. Solo los muslos, que adelgazaban, se habían puesto arqueados y de un blanco sucio bajo el pelo. Amelio se torció para mostrarle con la mano.

—¿No parecen sanas? —preguntó.

|||

Volviendo a casa, Garofolo se detuvo en la acera. No entendía por qué Amelio le había hecho verle las piernas. En el recuerdo imaginaba, en cambio, el cuerpo blanco y firme de Natalina.

Pensándolo mejor, las piernas de Amelio le habían producido repugnancia, no por la parálisis, sino porque alcanzaba a ver, hacia lo alto de los muslos, el pelaje espesarse en una selva rojiza. “Deberíamos andar desnudos, para habiturarnos”.

Era extraño que un hombre le produjese un efecto mayor que las mujeres. Pero se tranquilizó al percatarse de que en realidad pensaba en Natalina.

La mañana siguiente, en la tienda, apenas entraban alzaba la vista. ¿Volvería? No se puede mandar en los pensamientos.

Entró, en cambio, el padre de Amelio, con los ojos rojos, y le pidió un cigarro toscano. Entonces Garofolo se acordó de que era domingo.

—¿Está bien Amelio? —preguntó afable.

El viejo lo miró de arriba a abajo, le tembló el bigote, y respondió como nunca había respondido.

—Debería morirse. —Después se limpió la boca.

Garofolo se cayó de la nube, pero el viejo no había terminado.

—Podría haberse muerto en la fábrica y ganarse la indemnización por accidente; no haber hecho ese vuelo de estúpido...

¿quién le dijo que fuera a noventa?... Tienen veinte años y se creen... no piensan en quien tiene sesenta...

Estaba borracho y se fue. Garofolo sabía que su madre, allá atrás, había estado escuchando, satisfecha, dejando de pelar por un momento las papas. No se atrevió a voltearse.

Volvió a ver a Natalina porque fue por su barrio a buscarla. Cuando vio sobre la acera su falda apretada, se adelantó mirándola, la recorrió con los ojos y le guiñó un ojo. Le bastaba haberla mirado, pensando en el secreto común. Natalina, sonriendo, hizo gesto de detenerse.

Recordándola tomada del brazo de Amelio, Garofolo no se sorprendió. Se apoyó sobre el muro y le preguntó por qué no había vuelto a la tabaquería.

Natalina lo miró divertida y le respondió que no necesitaba nada. Garofolo cambió de tema, para no parecer chismoso. Le preguntó por qué pasaba los domingos sola. Natalina refunfuñó como una niña, luego dijo, comenzando de nuevo a caminar:

—No puedo confiar en nadie: todos son unos atrevidos conmigo...

—¿Yo también? —preguntó Garofolo, cubriendo su mejilla.

Natalina sonrió.

—Oh, nosotros nos conocemos.

En la noche fueron al cine, a balcón y Garofolo sentía vergüenza de haberla buscado para mirarle las piernas. Natalina

tenía una forma tan sensata de hablar, que Garofolo se sorprendía recordando la mirada impertinente que, aferrada al brazo de Amelio, había lanzado un día a los transeúntes que la miraban. No se atrevió a hablarle de él, pero comprendió que todo venía del accidente. Pensó que, haciéndole compañía, la cuidaba para Amelio, le hacía un favor. Sin embargo, la mañana siguiente, cuando fue a buscarlo, no se atrevió a decirle nada porque la madre estaba en la cocina y no pudo ni siquiera darle la botella que tenía en el bolsillo del abrigo. Fumaron un cigarrillo y se fue.

Natalina no necesitaba ser vigilada. “Muy bien, muy bien”, le dijo un día Masino cuando los encontró tomados del brazo, y le dio una mirada que no le gustó nada. Natalina sonrió.

Garofolo se acostumbró pronto al brazo cálido de Natalina y a las palabras que intercambiaban bromeando. Hablaban de los tiempos pasados en que Natalina vivía toda su vida con Amelio, hablaban de eso como de una cosa divertida y muy lejana. Después había venido la desgracia. La primera vez que Garofolo aludió al estado presente de Amelio, Natalina le apretó la mano, frunció el ceño y le dijo: “Ya lo pienso todo el tiempo. No hablemos de eso”. Garofolo captó un destello de su mirada que no era sensato y entendió que él no contaba para nada. Pero Natalina se estrechó contra él y le dijo: “¡Estamos juntos!”. Cogieron así el hábito de estrecharse a veces cuando iban caminando, con tal de que no hubiese nadie.

Mientras tanto, pasaban los días. Ya nevaba, o hacía niebla, y se estaba bien en el cine. Garofolo encontró uno que estaba lejos, que le gustó a Natalina.

Natalina sentía remordimientos por aquella pobre chica a la que estaba robando su compañero. Garofolo negaba riendo.

Garofolo no tenía remordimiento. Estaba contento de salir con una mujer como Natalina, que entendía todo al vuelo y que le daba confianza. Natalina era despierta y se veía que también era experimentada, por la mueca que hacía cada vez que en la conversación salía aquel quinto piso. Garofolo envidiaba a Amelio, era natural: el olor y los gestos de Natalina le atormentaban la sangre; además, no se debería buscar a las mujeres solo porque debajo de la ropa están desnudas.

“Deberíamos dejarnos ver menos”, decía Natalina, “encontrarnos solo en el café. La gente sabe que eres amigo de Amelio y se apresura a pensar mal”.

También esto era justo. Decidieron no decirle a Amelio que se veían, porque Amelio, siempre solo y atado a la cama, podía inventarse cualquier historia.

IV

—Ayer vi a Amelio y jugamos cartas —le dijo una noche—. Le llevé algo para beber. Es extraordinario. Ni siquiera bebiendo ha hablado de ti.

—¿Y por qué debería hablar de mí? —dijo Natalina, frunciendo el ceño.

Garofolo no supo qué responder.

—Tienen todos este vicio, ustedes los chicos —continuó Natalina—. ¿Qué necesidad hay?

—Pero... decía que Amelio no ha hablado...

—Quieres decir que tiene la cabeza bien puesta. Haz tú lo mismo.

A menudo Garofolo se preguntaba cómo habrían resultado las cosas si él hubiese estado en el lugar de Amelio y Amelio en el suyo. Y entendía que era estúpido pensar lo, porque en su puesto Amelio habría tenido a Natalina y no habría pasado nada. Pero él, al menos, estando en la planta baja, habría podido salir.

Amelio, en cambio, todavía no salía. Subió a buscarlo una mañana en que estaba haciendo un poco de sol. Mientras esperaba en la calle a que saliera la madre, contemplaba preguntable a Amelio si Natalina también tenía esos arranques excesivos con él. “Pobre, no ocasionemos un desastre”, se dijo,

y mientras tanto la vieja, dando una mirada desagradable a su alrededor, salió por la puerta.

Encontró a Amelio en la cocina mugrienta, envuelto en una capa y concentrado en sorber un tazón de leche. Se saludaron con una seña.

Después de beber la leche, Amelio mordisqueó un poco de pan mojado en un plato de sopa fría. Masticó despacio, puso el plato sobre la mesa y se dejó caer sobre el sofá.

—¿Has visto a alguno?

Amelio alzó los hombros y, girándose sobre su cintura, extendió una mano sobre las mantas.

—Dame el orinal. —Tomó el orinal con los dedos huesudos y se lo metió dentro de la sábana.

Garofolo fue a mirar por la ventana resplandeciente y volvió cuando Amelio, levantando las mantas, le extendió con cautela el recipiente.

—Bótalo en el fregadero —le dijo—. ¿Quién quieras que venga a buscarme? —le preguntó cuando tenía el cigarrillo encendido.

—¿A Natalina la recibes aquí? —preguntó Garofolo.

—¿Qué me estás haciendo con Natalina?

Garofolo levantó los ojos.

—La acompañé una vez al cine... Se lamenta por estar sola. ¿A ti quién te lo ha dicho?

Amelio sonrió.

—Natalina no se queda sola ni aunque se la amarre. Cuidado con la tabaquería.

Mientras Garofolo, de pie, apretaba el cigarrillo, Amelio miraba tranquilamente las mantas. El fregadero en la esquina goteaba rítmicamente.

—Escucha, Garofolo —dijo de repente Amelio—, hace tres meses que no salgo de casa. Mi padre no es capaz y para mi madre es pecado. Te toca a ti. Si no me encuentras una mujer, me voy a morir. No me traigas más de beber y con ese dinero contrátame una. La traes aquí cuando no haya nadie.

La sonrisa estúpida de Garofolo lo hizo alzar la voz:

—...Y dile que soy un lisiado, para que no vaya a salir con cuentos. Búscala delgada: de otra manera, me aplasta. ¿Me entiendes?

Garofolo tenía una pregunta atravesada, pero no la hizo. Apretó un poco más el cigarro, arrojó la colilla y dijo tranquilo:

—¿Cualquier mujer?

—Que no sea demasiado gorda, pero tampoco un alfiler.

—Según como la encuentre. ¿A qué hora?

—Mañana por la mañana, a esta hora.

—Si es que la he encontrado. ¿Voy de inmediato?

—Vete.

Natalina lo vio en la puerta a mediodía, dejó a los colegas que reían y corrió a su lado.

Una vez doblada la esquina, comenzó Garofolo:

—¿Es verdad que hace tres meses no vas a donde Amelio?

Natalina se detuvo, le apretó la muñeca y dijo despacio:

—¿Querrías que hubiera ido?

Como era sábado, no había prisa. Andando por las calles desiertas, Natalina le dijo todo, sin reprocharle que hubiese hablado con Amelio.

—Antes lo quise mucho, y tú lo sabes —dijo Natalina, mirando hacia el frente—. Te lo he dicho sinceramente. Al hospital fui siempre a buscarlo, aunque haya sido culpa suya estar allí. Pero después —Natalina torció la boca—, después no pude resistir más. Es como si tuviese las piernas de piedra. ¿Tú amarías a una mujer con las piernas de piedra? Lo sueño de noche y me produce repulsión.

—Pero es un hombre como todos los demás —dijo Garofolo, solo por decir.

—¿Qué importa? —Y Natalina lo miró con reproche—. Eso no es lo único que busca una chica. Y se lo he dicho.

—¿Se lo has dicho?

—Sí.

Pasearon hasta la una y Natalina, sonriendo, se quitaba de la cintura la mano de Garofolo, quien, pensando en la mujer que debía llevarle a Amelio, ya no se moderaba. Acordaron que, después de la cena, ella iría a la tabaquería a buscarlo.

Luego se dieron un beso bajo una puerta por la que entraba una franja de sol.

Natalina no lo había dicho, pero, volviendo a casa, Garofolo pensaba que Amelio incluso la había maltratado.

No obstante, en la tarde fue a encargarse de aquello. Tenía una sensación de fastidio irresponsable de poner pie en esa casa, ahora que sabía que con Natalina era cuestión de tiempo y que tal vez podría casarse con ella. Un poco jadeante, pidió hablar con la dueña.

De pie, frente a la puerta de un salón, la dueña lo escuchó sin parpadear.

—¿En la mañana a qué hora? —preguntó.

En un espejo lateral, Garofolo vio confusamente algo desnudo.

—Es necesario que las cosas estén claras con ustedes desde el inicio. Son por lo menos cien liras...

—Cien liras...

En la tarde, Garofolo pensaba en eso todavía y concluyó que buscaría a una de aquellas de la calle que, también para el futuro, estuviera al alcance de las posibilidades de Amelio. No sería posible hasta la noche.

Garofolo pasó la tarde atendiendo en el mostrador, un poco distraído porque ahora pensaba con demasiado gusto en las piernas de Natalina. Aun en el peor de los casos, valía la pena casarse con una chica como ella. Si no fuese por

aquella caída, Amelio sin duda se habría casado con ella. Después de la cena, se encontraron y fueron a pasear. Esta vez Natalina ya no buscaba esconderse y más bien Garofolo debía maniobrar para encontrar un callejón oscuro. "Tonto", decía Natalina, "tenemos tiempo". Se besaron y se estrecharon. Luego fueron a bailar y Garofolo logró que bailara solo con él. Mientras bailaban, Natalina lo miraba, estaban pegados como un solo cuerpo.

La dejó en la puerta cuando ya había luna. Besándola, Garofolo le dijo en voz baja:

—Me caso contigo y así Amelio no podrá decir nada.

—¿Qué cosa quieres que diga? —susurró Natalina, mirándolo a los ojos.

Después, Garofolo atravesó la ciudad, hasta una calle del centro, donde una vez había sido sorprendido por una vieja y una joven que discutían. Hacía frío y se detuvo, muerto de cansancio, sin ver a nadie: ¿tal vez el claro de la luna las ahuyentaba? Tomó un callejón lateral y después de la primera puerta escuchó que lo invitaron.

En la sombra, Garofolo vio una cara pálida que era todo ojos y boca. La mujer escuchó impaciente, tomándole el brazo.

—¿Y tú no me quieres? —preguntó con voz ronca.

Garofolo negó con la cabeza.

—¿No tienes ninguna enfermedad?

—¡Pruébame, dale!

Hicieron una cita para las once del día siguiente. Siempre teniéndole el brazo, la mujer le pidió un cigarrillo. Garofolo se lo encendió y, contento de no haber ni siquiera bromeado con ella, se fue, pensando en Natalina.

PRIMER AMOR

ME SORPRENDE QUE CLARA, LUCETTA E INCLUSO la señora Ugolina, que ya no es una niña, repitan tan de buena gana que todos los hombres son repugnantes y que los desprecian y no saben qué hacer al respecto. No hablan de otra cosa. No creo haber dormido nunca en sábanas de seda, pero ni siquiera cuando fui una tonta me decía a mí misma cosas así. Realmente, de Clara, que me encuentra desagradable incluso a mí porque ando en bote, no me sorprende. Clara está hecha de cristal y podría romperse. Según ella, hay un gran licor en ese cristal y no hace falta derramarlo. Se lo beberán juntas en el palacio de invierno, con aquella bizca fea que llevan a todas partes, cuando tengan el palacio de invierno. Después Lucetta dice, por decir: son violentos, embaucadores, nada bueno, pero si no fuesen así, buscaría puyarlos para que se convirtieran en eso. Ese piloto insolente suyo, por ejemplo —que muerde el cigarrillo envuelto a mano, torciendo la boca y entrecerrando los ojos—, la tiene loca, y luego ella viene a desquitarse conmigo. La maltrata, le dice vilezas, le

pide dinero prestado, pero si llega a interrumpir una bocanada para dedicarle una sonrisa, Lucetta le salta al cuello. Tiene un ánimo simpático Lucetta: a mí me parece más despierta que el diablo y no puedo evitar sentir simpatía; lástima ese asunto. A veces pienso, sin embargo, que es demasiado astuta para creérselo de verdad, y no me sorprendería si a ella le gustaran y le dieran algún tipo de desahogo justamente esos malos tratos de los cuales se queja.

No puedo olvidar la noche en que vino aquel contador suyo a recogernos a la salida. Eso fue antes de que conociera en el Nirvana a su gran amor rabioso. Yo estaba a punto de marcharme con una sonrisa ante ese tipo con gafas, pero Lucetta, que pensaba algo distinto, con una exaltación fría en los ojos, hizo que me quedara y quiso que el serio Gino nos tomara del brazo a las dos al tiempo. Lo llevamos así con nosotras de paseo por el centro, yo gentil y mesurada, Lucetta juguetona y dándole cada tanto un codazo y soltando risas alocadas que le hacían temblar las orejas al individuo bajo la mirada de los transeúntes.

“Cálmate, cálmate”, le decía. Conmigo era tolerante, exagerando en su dedicación por corregir los errores de Lucetta, y me informaba de su vida, de sus disgustos y después de sus diversiones. Tenía algo de bicho en su conducta: buscaba escondarse, esconderse, como si yo fuese una sábana. Lucetta,

insensible, lo hacía hablar fuerte, lo sacudía, amenazaba también mi compostura. Lo llamaba “dolor de panza”. Balbuceando y alarmado, él interrumpía de repente las explicaciones de su horario y le susurraba a aquella loca:

—Cálmate, Luci. Cálmate.

—Un hombre como tú debería esconderse cuando pasea con chicas así de maleducadas. Vamos, ¿por qué no te escondes? ¿Por qué no saltas en una alcantarilla? ¿Qué tipo de hombre eres? ¿Qué quieres de mí? Si te avergüenzas, dilo. Nosotras no nos avergonzamos.

Todo esto delante del Central. Yo añadía, examinándolo, una sonrisa de mamá buena que trastornaba del todo al desdichado.

Así era Lucetta, que en días de lluvia llama malvados a los hombres. Pero Lucetta es despreocupada, vive tanto el momento alegre como el triste, y se desespera cuando su amor sarcástico le dice con claridad que no pretende casarse con ella. Está lejos de ser estúpida, solamente es un poco loca: espera demasiado del mundo. Anda despreocupada por las calles y se ríe de los hombres, pero nada es más fácil que sorprenderla y despertar el deseo en sus ojos. Me parece a veces que estuviera desnuda y no lo supiera. Una noche en que salíamos, se nos puso al lado un pelmazo. Yo la jalé a la calle y no respondí. Poco después dijo fastidiada: “Lástima que no fueran dos”.

No envidio a estas chicas de ciudad. Crecí descalza en medio de los viñedos y después encerrada en un colegio, y mi padre todavía esparce él mismo el abono, pero me parece que sé más cosas que ellas. Los hombres no me producen ni asco ni dolor, pero tampoco los ando buscando como una gata. Paseando por la calle vienen tantas ideas, pero ¿puede olvidarse que así como los otros, solo ojeando cómo estamos vestidos, no saben nada de nosotros, nosotros tampoco sabemos nada de ellos? Me parece un bello juego este de escoger colores, adaptar aspectos, estudiar el paso o la mirada, pero, justamente, sé que es un juego. Lucetta lo toma en serio.

A quien no entiendo es a la señora Ugolina. Cuando subí a su casa, acompañada de su tía, besó y abrazó a la tía y después también a mí. Paciencia, pero cuando comenzó, apenas se sentó, a enrojecer y mirarme de esa forma sombría, y la tía le hablaba y ella se dirigía a mí agitando la cabeza, por el desaire, me reí en su cara.

Luego, quedándome en la casa, la conocí mejor. Ahora he aprendido a reconocer en su rostro las contracciones de cada pequeña arruga y qué llama la enciende dependiendo de la pasión. No es vieja, pero es huesuda; sin embargo, al mirarla estoy segura de que era menos bella de joven, y Clara, que viene a veces a cenar, me susurra, entrecerrando los ojos, que incluso ahora nuestra anfitriona es una mujer amorosa.

Connigo fue muy discreta al principio. Con observaciones casuales me ayudó a eliminar ciertas trabas provinciales; me aconsejó, de forma casual, cómo vestirme mejor; me acompañó a veces por la calle. Pero sobre todo me dejó hacer, andar y probar sola.

“Ustedes los jóvenes me confunden”, suspiraba en aquellos días, “con su actuar. Hacen una vida de solteros que no les deja nada. Cuando te despiertas en la mañana, Lidia, para vestirte rápidamente y escapar, yo, quedándome aquí sola, me siento la única mujer en el mundo. ¿Qué soy esos días para ti? Hojas del calendario. Ah, me envejece verlas pasar así el tiempo. Tú, Lidia, ¿no piensas procurarte un mejor porvenir? Cuídate de que no vengan un día otras chicas más despiadadas y te echen de aquí como lo hacen con nosotros los viejos y te encierrén en casa a recordar. Te mantienes joven solo cuando lo has sido”.

Ahora que me tiene más confianza y puede desahogarse, al contrario, le brilla la piel, toda encendida y estirada. Pronto nos entendimos: solo es mayor que yo en años; todo lo demás, pensamientos, ansias, fijaciones, puede descubrirmelo como a una amiga. Me deja entrever un rencor convulso que me esfuerzo por penetrar y que siempre ha ocultado tan bien bajo el suspiro benévolο de señora bien puesta.

—Lidia —me dice angustiada—, la suerte más atroz es llegar a mi edad y convencerse de que todo es una ilusión, una

ilusión sucia y repugnante. No sirve darlo todo, abandonar todo, hacer el último sacrificio, pasar meses de rodillas; mientras nos queda un poco de gracia y de sangre, nos lo quitan, si lo dicen y se desgarran entre ellos, nos soportan. Y después, cuando ya no saben qué hacer con una mujer, le echan en cara la misma humillación que ha sufrido delante de ellos. Si eres agradable, si los has divertido en una ocasión, deberías saber divertirlos siempre. También esto ha ocurrido. Es terrible, Lidia, tener que decírtelo a mi edad.

—Con esto me deja sin ilusiones, señora.

—Ah, estás bromeando, Lidia, me hielas la sangre a veces: las conozco a ustedes, jóvenes. Creen que basta mirar a los hombres a los ojos como a los perros y dominarlos. Ustedes no saben que el hombre más vil, más mezquino, más vanidoso, puede doblegar a una mujer, humillarla, destrozarle la existencia. La naturaleza lo ha querido así.

Dice estas cosas en la mesa, con los ojos fijos en mí, poniéndose de todos los colores, soltando su disgusto en el bocado que ha dejado quieto. Yo, encogida, como rápido, estudiándola de arriba abajo. Esa dureza de sus ojos me impide comprenderla. No es, aunque haya soportado tanto, una mujer asustada y pisoteada, y se vuelca con demasiado vigor en sus humillaciones. A mí no me quedaría bien hablar de eso si me hubiesen humillado tanto. Tal vez disfruta exagerar para sentirse más mujer.

Pero es verdad que en la ciudad no se puede vivir sin pensar en esto. Lo recuerdo vistiéndome, caminando, mirando a mi alrededor. Comprendo ahora por qué en los primeros días salía de casa tan ligera y deseosa de andar y mirando hacia el frente, disfrutando esa franja de cielo que precede cada calle. En el campo estas cosas no dicen nada: no hay demasiado cielo ni le es útil a nadie. Pero no es solo el cielo. Da alegría pensar que en lo alto y en medio de la calle hay una luz fresca, el sol y la sombra, el andén, la gente que anda, pero no es solo esto. Es la sorpresa, la felicidad de saberse una mujer y de no deberle nada a nadie y, mirando a los ojos a quien pasa al lado, saberlo un igual. Es —más que todo— una tensión en calma, casi un ansia reunida, de espera, de absurda esperanza.

No se puede no pensar en eso. Es un bello juego que da sentido al tumulto, a los colores, a cada cosa. Hasta este punto entiendo a Lucetta: ella me habla de los casos comunes, de los desaires graciosos, de las tristezas absurdas; yo escucho algo más, que se escapa de sus ojos. Los primeros días bastaba una voz por la calle, una sonrisa, un saludo de cualquier transeúnte, para sacarme a una alegría limpida, aérea, más intensa en tanto que era más secreta. Instintivamente jugaba a dejar que las calles enteras cobraran vida en esa exaltación y yo misma bebía, atrevida, el sentido impalpable de lo desconocido. Después me sorprendía al darme cuenta de que,

debajo de todo, estaba la mirada involuntaria de un hombre, que su mujer atraía de nuevo, gruñendo resentida. O un bello pensamiento nacido entonces de la nada, de algún recuerdo alegre. O el latido tranquilo de la sangre.

Pero sigo siendo la misma también en esos momentos. Estudio el camino y lo disfruto sola. A lo sumo me descubro en las piedras de los muros o en los autos en fuga, sin dejarme ir, sin traicionarme. Porque ese es el peligro: traicionarse. La señora Ugolina y Lucetta son personas que se traicionan y de quienes nace cada una de sus desgracias imaginarias. Dan a entender que toman en serio lo que es un simple juego.

Cuánto se agitó la señora aquella vez en que Nanni vino a recogerme a casa. Le estudió los nudillos gruesos de la mano mientras lo entretenía, le hizo decir cómo me llamaba, si venía en bote solo por complacerme, si usaba siempre ese saco blanco, si estaba en habitación amoblada o con sus padres; intentó, en conclusión, penetrarlo todo, anhelante y graciosa, convenciéndose de estar haciéndolo por mí. Nanni la escuchaba con esa placidez suya y la chaqueta colgada al hombro, sonriéndole apenas. Cuando salimos, me quitó la bolsa y me preguntó bruscamente:

—¿También es así de afectuosa contigo?

—Todos tuvimos esa enfermedad —le expliqué—. Cuando era niña, yo también besaba al gato y le daba los discursos

que la señora te acaba de dar. Después, al volvemos mujeres... —Nanni lo disfrutaba—... al enamorarse están quienes entienden que los hombres quieren algo más y quienes no. Pero es una rara virtud quedarse niña, como ella.

—Mujeres que son —soltó Nanni.

El último mes no estuvimos ni una noche sin vernos. Él trabajaba en la misma calle que yo y pasaba a recogerme a la salida. íbamos juntos a cenar y siempre llamaba por teléfono a la señora para avisarle que llegaría tarde. Con el corazón acelerado, la señora me esperaba despierta y me advertía que me había abandonado demasiado y que lo dejaba hacer demasiado. No la convencía con esos ojos imperturbables y con esa chaqueta colgada al hombro. Le atribuía las intenciones más turbias y me preguntaba cómo se veía en pantalones cortos.

Pero Nanni me había entendido, o tal vez él siempre había sido así. Recuerdo todavía sus silencios aquellas tardes en que subíamos a su casa, en la penumbra variopinta por las espirales de humo. Hacía todo con simplicidad, como me gusta: un chico que come fruta y que no me preguntaba nunca si era suya. Lo veía agitarse: temía cada vez que estuviese por decir alguna cosa tonta y, en cambio, salía con alguna invitación tímida a salir, movernos, andar por ahí.

Ya afuera se ponía alegre, como si la calle fuese suya, y andábamos sin parar. Nunca estaba cansado. Yo bien pronto me

inclinaba sonriendo a sobarme un tobillo y entonces Nanni se resignaba a tomar un café.

Conversábamos sobre cosas triviales: él me hablaba de sus deseos de viajar, se lamentaba de no ser marinero y me preguntaba por el campo de donde yo venía y si habría continuado siempre trabajando en eso. No le gustaba la ciudad y me aconsejaba dejar a esa gente y regresar a mi pueblo. No entendía qué necesidad tenía una mujer de emplearse. Yo escuchaba, sorprendida cada vez de la simplicidad con la que explicaba sus pensamientos, y me parecía que me reflejaba en su compañía, escuchándolo expresar tan tranquilo eso que yo me decía solamente a mí misma.

Cuando se iba para las minas (estaba harto de estar en una mesa), me lo dijo con sumisión, como si sintiese culpa por ello. “Pero, Nanni, está muy bien. Vivirás como te gusta, sin la chaqueta y siempre sucio. ¿No se usan botas en las minas? Y, además, no hay mujeres. Quisiera poder ir yo también”.

Nanni movió los labios para hablar, pero después me sonrió absorto, en silencio. Si no recordara nada más de él, me bastaría la sombra de aquella sonrisa para hacerme cerrar con ternura los ojos cada vez. Estaba tan feliz de que no me hubiese pedido nada, que si hubiese hablado, temo ahora que le habría dicho que sí.

Me dio tristeza como a una tonta verlo partir y tener que retornar al trabajo. Venía de la estación, donde el olor mismo

del carbón (era una mañana fresca) daba ganas de meterse en un tren y escaparse. Pensaba en la tierra árida y ahumada que Nanni amaba, en esos hoyos fríos y sin fondo a los que descendería, y elevaba los ojos al cielo despejado, como Nanni lo habría hecho.

Qué sola estaba. Lo entendí con Clara al día siguiente. Me preguntó guiñando un ojo si era lícito que mujeres solas fueran en un bote. Le recomendé que llevara su traje de baño debajo del vestido y nos encontramos un domingo en el río. Clara llevó consigo a la bizca, que hacía mala cara y se estiró en el fondo del bote frotándose las piernas y desvistiéndose con cautela. Nos deslizábamos debajo de la orilla llena de árboles, desierta. Clara, que es esbelta como una rubia, se quedó en un bello traje blanco. Yo remaba y ellas discutían. Reñían con las miradas, dándose la espalda, rasgándose las prendas, calladas. Había mucho sol y yo entrecerraba los ojos, remando, rememorando el pasado, como si Nanni estuviese todavía allá, dando las remadas y yo fijándome en las nubes.

Clara, con esa frialdad suya, sabe hablar. Comenzó a bromear sobre mi entrenamiento y tapó mientras tanto las carcajadas desagradables de la otra con una manotada de caramelos. Esta, pálida y huesuda, recostada sobre su bata, se rascaba sus pantorrillas peludas y, sorbiendo, no dejaba de quejarse del sol. No entiendo cómo Clara, que quiere ser de cristal

fino, sea así de íntima de tanta fealdad y estupidez. Que se quieran si les parece, pero ¿por qué mostrármela además en traje de baño?, ¿y por qué venir a buscarme si el sol les irrita?

Desanimada y molesta, ya ni siquiera disfrutaba con tranquilidad el paseo y les habría dado con gusto a las dos en la cabeza con los remos. Me avergonzaba de haber estado una vez, al contrario, tan tontamente feliz en esa misma orilla del río.

Pero fue precisamente la bizca la que me sacó del aprieto. Pasaba al lado una tripulación de jóvenes alegres que gritaron un saludo habitual, ella se abrió su bata, entusiasmada, y la ondeó en el aire meneándose. Lo que siguió fue que los jóvenes quisieron acercarse, diciendo todavía más cosas; nos tendieron un remo. Y uno ya estaba saltando a nuestra barca cuando Clara le dio un golpe seco a su tesoro y yo, empujando con los remos, alejé las bordas, por lo cual el joven cayó al agua. Hubo gritos, risas; a duras penas nos libramos.

A esa altura no se podía ver a Clara y a la bizca: exasperada la una, trémula la otra, se reñían sin parar. Finalmente dejé la boga y le susurré a Clara: "Las escenas déjenlas para casa. Aquí aprendan a tratar con los hombres". Y Clara me miró, no acertó a responderme, le dio una última mirada ceñuda a aquel ser y luego dijo: "Será mejor que regresemos".

Y es desde entonces que supuestamente soy desagradable porque voy en bote. Pero no lamento esa excursión, porque

solo reflexionando sobre esta recuperó aquella sensación de liberación que ya había olvidado. No me importan Clara o Ernestina: regreso a mí misma. Al descender del bote con aquellas dos intrusas, me cayó como un peso cada pena de tonto remordimiento, cada tristeza de recuerdos: Nanni había sido una buena compañía y yo lo había sido para él; nos habíamos gustado y abrazado. Luego nos habíamos dejado: bastaba. Sin saberlo, nos habíamos entendido. Esa misma claridad serena que habíamos buscado los dos no debía enfriarse en nuestro recuerdo. Ni las amigas ni el peso del día contaban para nada. No traicionarse: ni siquiera a una misma. Regresar al río, rememorar el pasado, pero estudiar cada paso y cada mirada. Cerrar los ojos más bien.

La audacia de haberme reencontrado me debió dar una alegría incontenible los primeros días, pues Lucetta, que entiende de alegría, me dijo: “¿Cómo estás, Lidia?, ¿regresa tu remero?”. Yo le pregunté si iba a bailar y quise llevarla conmigo. Lucetta tenía la promesa de que su tormento vendría a buscarla y pasó la tarde en la mesa bromeando y riéndose. Luego se fueron juntos, tomados del brazo. Me reuní con ellos después de la cena en el Nirvana.

Ahora también la señora Ugolina se dio cuenta de que Nanni ya no está y me mira en la noche con ojos afables, como si estuviese enferma. Enrojece y suspira y da discursos

todavía más animados, atenta de cerca a mi pena. No le convence que yo salga en bote, así, sola. "Ay, Lidia, me imaginaba que tenía que terminar así. Me pongo en tus zapatos y sufrío por ti. Te veías muy cautivada. ¿Y ahora qué vas a hacer? Olvidarlo, Lidia, ¿se escriben?". "Oh, te entiendo, Lidia. Estos dolores quitan el aliento, nos hacen despreciarnos a nosotras mismas. ¿Pero qué te ha dicho? ¿Te prometió algo? No hay que creer en esas promesas, no hay que creer en nada. Pobrecita, ¿ibas a su casa?".

La dejo hablar y le respondo con una mueca, sin darle la satisfacción que buscaba, de escucharme hablar de humillaciones e indignidades. La señora, para alentarme, abre a veces las alcantarillas de su pasado y susurra secretos. Es curioso cómo aquí no se ruboriza. A veces palidece y se pone sudorosa.

Sin embargo, tendría cosas para contarle que la sorprenderían. Entonces sí que estuve enferma. Salía apenas del colegio cuando me dio aquella fiebre. Pero ¿comprendería cómo aquellos inicios terminaron en esta paz?

Cuando a veces me despierto en la noche y me aprieto a la almohada, con la angustia de un sueño y las manos que queman, y no me atrevo ni siquiera a mover un dedo, me acuerdo de aquellos tiempos. Paso a sentirme desarraigada y miserable, a verme atravesar los campos con brincos ansiosos, detenerme de repente, con el corazón en la boca y la nariz

tensa, aterrorizada de lo que estaba haciendo, pero más aterrizada de no hacerlo. Y luego Giusto llegaba silbando, me decía “¡la pobre niña!”, me tomaba de la cintura palpando los latidos del corazón y alabándome; después bajaba al escondite: yo lo seguía.

Había plantitas de castaño en aquella orilla (incluso después encontré en uno de mis libros una gran hoja seca) y camas de helechos nudosas y cortantes, con un poco de musgo. Las primeras veces, Giusto me echaba por tierra donde quería y se reía si yo forcejeaba sobre una piedra insoportable. Me dijo un día que se sentía macho y que si yo venía, era porque estaba contenta con él. Como una tonta le escondí el rostro en el pecho y me esforcé para no quejarme. No sabía ni siquiera que era yo la más fuerte.

Pero desordenándome así, estas carreras al menos me desahogaban, me dejaban sola y agotada al regreso, algunas veces incluso serena. Me sentaba aparte, en la era, y pensaba en la escapada mientras enrojecía. Era como una perra que tiene sueño: ahora tiemblo pensando en el peligro que corrí, pero precisamente la violencia de esa fiebre mía y los terrores y todo tal vez me protegieron. Giusto, recién casado, no pensaba en nada de esto; yo tenía diecisésis años.

Todo esto podría contarla, pero ¿cómo describir mi estado entre los míos, las noches sin dormir, el desagrado al despertar

y la angustia rabiosa de cuando, humillada, pensaba en el futuro y no me atrevía a esperar que ese absurdo apego no fuera a terminar nunca? A Lucetta, tal vez, podría contárselo si me estimase un poco menos.

Giusto llevaba un año casado con una mujer paliducha y sumisa, y, me enteré muy tarde, ya embarazada. Le cuidaba su casa y su negocio, una tienda de telas, casi a las afueras del pueblo. A mí Giusto me atrapó justamente por la alegría que me daba, en aquel verano, correr desde casa a esa nueva tienda y escoger la tela para el primer vestido que mamá me permitió después del colegio. Bajo los ojos de su esposa, Giusto me apretó la mano tras los pliegues de una muselina de seda verde que me hacía temblar toda de lo bella que era. Y a pesar de que después lo conocí como un aventurero de zanjas cualquiera, me perturba ahora recordar el destello fugaz que me produjeron esos ojos firmes entre las telas.

La esposa, tímida, me sonreía cada vez que iba. Ya sabía, creo, que le era infiel, aunque no todavía con quién, y no le preguntaba y se humillaba sola. Era muy religiosa. Ahora sé que yo ni siquiera había sido la primera. Podía entender a esa mujer: yo misma no era celosa, pero en el abatimiento suyo y mío veía una especie de suerte común, una alegría y una pena comunes (ella no tenía más de veinte años). Recuerdo bien una cosa: nunca le envidié su papel de esposa, y esto

significa que en algo me resistí al desastre total, tal vez un instinto, una voz atenuada pero firme de mí misma cuan niña era, y como volví a ser. Cuando pienso en el peligro en que estuve a punto de perderme y cómo me salvé instintivamente, de repente, como por una fuerza inconsciente, de verdad pienso que cada cosa sucede en nosotros sin que podamos hacer nada, y que razón y voluntad son palabras; que no hay quien se pierda y se salve, sino que nos quedamos siempre tal como hemos nacido.

Giusto quiso aprovecharse de mí y le ocurrió que, al contrario, entre sus manos me volví una mujer. Su fuerza había sido mi necesidad desesperada de salir del campo, de venir a la ciudad, de conocerme mejor a mí misma, como había soñado en el colegio. Me encontró temeraria, asustada, y no tuvo más que extender su mano y ya creyó que me había seducido. Pero la verdad es que me complací con su cruda intimidad y sus ojos fríos, así como conmigo misma en el espejo. Nadie, sin embargo, ha sabido seducirme hasta ahora.

Mientras tanto, desordenada como era, sufría y había cometido la imprudencia de hablarle de mis sueños, por lo cual a menudo me llamaba dactilógrafo. Una vez que le dije, titubeante: "Estás loco, mañana no vengo". Intentó asustarme, echándose una mirada fría. Pero el verano abrasaba y no podía detenerme. Ni siquiera lo deseaba. Aquella claridad de

decisión por la cual más tarde convencí a mi tía de que me consiguiera un trabajo, que obligué a todos a aceptar, se me estaba enturbiando. Gruñía para mí misma agachando la cabeza.

Después fui libre de repente. Sin buscarlo y sin esfuerzo. Ya no gruñía y no sufría. En ese momento ni siquiera lo entendí. Me encontraba sola y palpitante y un poco cansada, pero serena, serena y genuina como el agua, como no era ni siquiera aquel cielo. Atravesaba aquel día un viñedo nuestro para alcanzar el sendero de los castaños; era ya el final de la tarde y entre las plantas se levantaba una gran luna transparente. Esa tarde no tenía rencores especiales. Al contrario, me había convencido de que Giusto iba en serio y de que su brusquedad ocultaba solamente el temor de perderme. Había salido de casa bastante impaciente y pensando que tal vez se me hubiera hecho un poco tarde. Caminaba concentrada, cortaba entre las filas, pensando en el encuentro y sorprendida de mí misma. Me agachaba a tirones, tropezando con el suelo, irritada de andar.

Y fui libre de repente. Me detuve irguiéndome, preguntándome qué era lo que buscaba de Giusto. Me sonréí a mí misma. Lo imaginé solo, esperando, insinuante, ceñudo, cortante. Me sentí reír en silencio. Me invadió un ansia de ponerlo a prueba, de herirlo, hice un intento de correr; me detuve de nuevo

a sonreír, escuché los murciélagos que se deslizaban bajo la luna, y levanté los brazos como una niña, como una tonta, gritando, riendo, dejándome caer hacia atrás. Estaba sola. Me bastaba a mí misma. También me dejó el ansia maligna de ver a Giusto abandonado. Era libre y estaba sola.

Ni esa tarde ni los días siguientes fui a verlo. Al principio me hice la cansada en mi casa y entonces Giusto escuchó decir que yo no estaba bien de salud. La verdad es que todavía le temía un poco y tal vez no habría sabido cómo enfrentármelo. Pero apenas me pude convencer de que realmente la fiebre de todo el verano había salido de mi sangre como en una zambullida, desaparecieron el cansancio y el sudor: ya no me contuve para salir.

Lo veo ahora andar por los campos, espiarme, seguirme, y una vez me encaró, con el rostro sombrío, abatido. Pero las amenazas y las súplicas solamente me impacientaban; las peleas con su mujer llegaron a la plaza e indignaron a todos; de mí no obtuvo nada más. Luego tuvo una niña y yo decidí venir a la ciudad y no volví a escuchar de él.

EL INTRUSO

1

MI COMPAÑERO DE CELDA HACÍA DISCURSOS tortuosos en un balbuceo que no salía de las cuatro paredes. Nada nos habría impedido incluso discutir o, con alguna cautela, cantar, y, joven como era, yo soltaba cada tanto suspiros de tristeza que terminaban en un gemido, pero a mi compañero no lo escuché hacer nada más que hablar entre dientes. Se echaba sobre el catre y miraba fijamente el techo. Le brotaban las frases de la boca torcida como agua tranquila e inagotable. A menudo yo imaginaba que estaba solo y traía el taburete hasta la puerta: desde ahí miraba mi catre vacío, apoyando la espalda en la esquina, y me daba cuenta de que la voz sofocada de Lorenzo me había acompañado en todos los gestos, sugiriéndome aquello mismo que yo pensaba en el instante.

Lorenzo era un viejo alto y grueso, y su voz parecía haber sido apretada por sus músculos. A pesar de que luchase de esa forma con el aire, era un hombre taciturno; cada vez que le preguntaba cualquier cosa, se quedaba un poco inmóvil,

al parecer vacilando, hasta formar la respuesta, que después llegaba brusca y en voz baja. Ciertamente, en las mañanas los dos estábamos despiertos y activos y lavábamos, limpiábamos todo con rapidez, entre tintineos, voces y estrépito. Después uno salía a caminar, comía, se veían, en fin, algunas caras. Mis suspiros comenzaban en la larga tarde, en el atardecer, y Lorenzo hablando entre dientes. Y ni siquiera se sobresaltaba o se agitaba, como me pasaba a mí, si ocurría cualquier novedad afuera: algún temblor o un guardia que intentaba molestarnos. Se quedaba acostado en el catre o de pie donde estuviera, sin decir nada.

A veces yo leía no sé qué libro de la cárcel y Lorenzo, que no sabía leer, se balanceaba adelante y atrás con ese cuerpo pesado suyo y, soltándose el cinturón, se dejaba caer en su catre.

—¿Se ha visto alguna vez —comenzaba—, se ha visto alguna vez que se lea un libro como si fuese un periódico? Es una triste compañía que no vale lo que un bastón para caminar solo. Es una cosa del Gobierno. Los vienen a ofrecer en la cárcel porque les sirven a ellos. Alguien que lee está tranquilo y trata bien a sus superiores: logran que haga lo que quieren. La ley escrita es la fuerza de la cárcel. Disgusta ver a un jovenzuelo que dentro lame esas páginas como si le pagaran por ello. En la cárcel no se debe hacer nada y dejar que pase el tiempo. Un hombre recto se basta a sí mismo para terminar

la jornada: si tiene necesidad de leer para hacerse compañía, entonces es como las mujeres, que siempre tienen necesidad de alguien al lado y si no tienen a nadie, se buscan un gato.

—Si lo dice por mí —le solté una vez—, debe saber que no hay nada como un libro para matar el tiempo. Es mejor ocupación que jugar a las cartas.

—Comparación de abogado —continuó el otro sin moverse—. Para jugar a las cartas se está en compañía y alguno después paga. Y se ve quién está conectado y quién no. Es una competencia de astucia, esas son las reglas. Solamente los miserables juegan por ahorrarse algunas liras, pero es una satisfacción de hombre ganarse una copa a fuerza de ingenio. ¿Nos permiten acaso las cartas en la cárcel? Aquí se puede ver que una cosa son las cartas y otra los libros.

Tenía unos cincuenta años y una corona de pelo gris que mantenía siempre bien alisada sobre el cráneo, no afectada por sus pensamientos testarudos. Cuando estaba callado, masticaba chicle como un buey. No parecía nunca preso de aquella ansiedad de la mañana, que a mí me asfixiaba cada atardecer: en el suspiro de alivio al final del tedio, la desesperada certeza de que el día siguiente tendría un tedio igual, una esperanza igual y una ansiedad idéntica. Cuando me trajeron la primera tarde a la celda y un guardia se quedó, con la puerta abierta de par en par, vigilándome, mientras afuera iban y

venían con vajilla y mantas, Lorenzo, que estaba echado en su catre, me había echado una mirada sin vivacidad. Una vez solos, con un arranque del inexperto atrapado por la angustia, le hablé jactancioso, preguntándole si esperaba su proceso. Pero mi grueso compañero había movido una mano, murmurando fastidiado que ni él ni yo trabajábamos con la justicia, que era a quienes correspondía hacer estas preguntas. Hubiéramos estado de acuerdo si cada uno de nosotros esperara en su lugar, si nos hubiésemos tratado con cautela, si hubiésemos, en conclusión, cohabitado como dos caballeros sorprendidos por la lluvia en una misma cabaña. No hacía falta nada más, excepto avisarnos en caso de que alguno roncara en la noche.

Caía en esos días sobre la cárcel, sobre los tejados, en los patios, una lluvia insistente que empapaba y amorataba también el aire de nuestras rejas. Tocábamos a nuestro pesar, con las manos adormiladas, las mantas ásperas; cada objeto en la mañana quedaba húmedo y lúgubre; solo a la hora de la ración el plato ardiente, apoyado contra las rodillas, era una presencia cordial. Frente al plato, Lorenzo echaba largos parloteos, asomándose entre el humo que lo acariciaba todo, pasando por encima la mano, sin ocuparse de mí, como si estuviera en su hogar.

De otro modo, estaba siempre sobre el catre, ocupado en sus soliloquios. Yo pensaba en aquellos días que esto era por causa del mal clima, que me llevarían también a mí a

encogerme, a buscar el sopor e ignorar las paredes lúgubres. Pero terminó la lluvia y vinieron nudos estrepitosos de viento que secaron y despejaron: en nuestro cielo altísimo, encuadrado por barrotes, pasaron nubes blancas y Lorenzo siempre pasaba la mayoría del tiempo divagando hacia el techo. Adapté bien pronto mis piernas a la estrechez del paseo en la celda y del mismo modo terminé por acostumbrarme a aquel balbuceo interminable, en el cual Lorenzo nunca se refería a sí mismo, sino siempre, inconsistente como un borracho, envolvía en palabras mis gestos o preguntas o dejaba aflorar pensamientos fragmentarios, todo sobre la cárcel y sobre la astucia y la estupidez y las tabernas. No pudiendo hacer otra cosa, yo también había intentado decir en voz alta cualquier cosa, como hablando a las paredes, pero no encontré pronto un resultado en aquel desahogo, que no me desahogaba y me dejaba, al contrario, con los oídos tensos, inquieto.

Hacia el atardecer conseguía olvidarme de que Lorenzo estaba, solamente adormilando, aturdido, aquella otra ansiedad del día siguiente y dejando que el crepúsculo me entumeciese como un hielo. Saboreaba de esta forma la única soledad que me era posible. En cuanto a Lorenzo, parecía no querer salir del crepúsculo en que comenzaban sus balbuceos. Una mañana, mientras aferrado a los barrotes miraba por la ventana, lo escuché balbucear en el silencio fresco no sé qué improperios.

||

—¿Qué sucede, Lorenzo? —le pregunté, volteándome.

Lorenzo, sentado en el catre, levantó la mirada de un par de medias que estaba enrollando y se quedó mirándome.

—¿Qué le ocurre, Lorenzo?

Tampoco esta vez respondió, pero, inclinando la cabeza, empezó a murmurar en silencio, señal habitual de un discurso que marchaba por sí mismo. Me dediqué entonces a caminar por la celda, atrapado en mi inquietud, percibiendo en un instante de horror lúcido, frecuente en aquellas mañanas, cuán irreparable era mi situación.

—Si no sabe dominarse —se aclaró de repente el balbuceo—, ¿cómo hará en la prisión o después, cuando lo hayan liberado? Parece un enfermo que se revisa la fiebre. Lea su libro, más bien, pero si no le enseña ni siquiera a estar en la cárcel, entonces quiere decir que está realmente loco y que en la estación de policía se han equivocado. Si yo fuese usted, haría una petición, una bella petición para que me llevaran allí.

—No me conviene —lo interrumpí con ánimo—, allá estaría igual que aquí. Escuche, Lorenzo —reanudé poco después—, ¿por qué se estaba quejando antes? Yo no le he hecho nada y querría que toda esta historia terminara. Ya estamos en prisión: si encima discutimos, esto se vuelve el purgatorio.

Mi grueso compañero se puso de pie. Con una de esas manazas que podrían lanzarme al techo, se restregó la nariz.

—¿Usted también soñó? —preguntó dubitativo.

—¿Soñar qué?

—Está bien: no soñó. ¿Y entonces por qué se porta como un niño?

—Yo no hago nada.

—Usted no sabe entonces qué es estar en el mundo. Y viene a la cárcel. Póngase a fumar hasta que le den algo, porque necesita un calmante y usted mismo no lo conseguirá. ¿A quién tiene afuera? ¿A la novia que no viene a visitarlo?

—Estoy casado —tartamudeé.

—Su mujer entonces estará tranquila finalmente de que no lo aplastará un camión. ¿Le ha prendido fuego a la cama, jugando con cerillas?

—Lorenzo, usted podría ser mi padre y lo dejo hablar. Es verdad que estoy yo en su celda y no usted en la mía, pero yo no tengo la culpa de eso. Ni le he preguntado por qué está aquí. Aquí estamos y punto.

De nuevo el viejo me miró dubitativo.

—Entonces recuerde que está ahí. Y entienda lo que eso significa. No se muerda los puños y no suelte suspiros. No corra a la puerta cuando pasa por ahí cualquiera. Estírese

sobre el catre y aprenda a estar solo. Un niño que va al dentista sabe más que usted.

También pasó aquella mañana. Pasó la ronda, trajeron el pan. Lorenzo salió a tomar aire. Esperé solo en la celda, entre el murmullo del silencio, mirando a mi alrededor. Me negaba a veces a salir, por variar, por hacer algo que fuese mi decisión. Pero ese día no estaba tranquilo. Paseé toscamente, a lo largo y a lo ancho, sintiéndome de verdad solo, y comprendí en ese momento que esta idea me aterraba.

Mi esposa me había escrito que si en el juicio de verdad quedaba sobre mi espalda esa carga de la acusación, ella por vergüenza pediría la anulación y agradecía a Dios que en estos tres años no habíamos tenido hijos. Esta noticia me había pasado por la cabeza como una onda a quien va nadando: me debatía antes y me debatí después, bajo el agua como sobre el agua. Y debía pronto aprender que una carta similar no le falta nunca a un preso: clara y despiadada o diluida en mucha tinta, siempre viene aquel día en que por la estrecha portezuela te la echan entre los dedos. Esa mañana me veía a mí mismo como encerrado entre vidrios, no más prisionero de muros o barrotes, sino aislado en el vacío, un vacío frío, que el mundo ignoraba. Esta era la pena verdadera: que el mundo excluyese al recluso. No anhelaba tanto salir, sino que el mundo entrara en mi vacío y lo coloreara,

que lo calentara con gestos o palabras. No bastaba con leer, decía con razón mi compañero; era necesario que al menos, en el mundo, pensaran en mí, me dieran señales de eso, y no que todo se desvaneciese en esa inmovilidad atroz, forzada.

Cuando regresó, Lorenzo recordaba todavía que lo había supuesto mi padre. Riendo silenciosa pero socarronamente, masculló un momento esta idea y yo, cansado de leer, me quedé escuchándolo.

—En la cárcel —comenzó poco después— no hay que hacerse ilusiones. Solamente los estúpidos se hacen ilusiones. El Gobierno nos mete aquí para castigarnos: depende de nosotros hacernos los tontos y salir de aquí más astutos que antes. Acá se ve todo como es: ¿quién es el que se hace mala sangre en la cárcel? ¿Los detenidos, tal vez? No, señor, se la hacen los superiores, que corren, trajinan, gritan, como botones en la estación del tren. A nosotros nos dejan en paz. Y es por esto que si me encuentro a algún cristiano con el alma carcomida aquí dentro, me dan ganas de golpearlo. No se muere nadie en la cárcel.

—No lo dirán, pero mueren.

—Es una gran cosa prescindir de la gente —continuó Lorenzo, ya absorto en su soliloquio—. ¿Qué es este mundo? Se dicen tantas palabras inútiles, hacen más ruidos que un mono. Alguien que anda libre y a pie nunca tiene paz. Ve

una mujer y la quiere; ve un terreno y le echa mano. Viene la policía y le pregunta “¿por qué has tocado a esa mujer? ¿Por qué has robado esa tierra?”. “Porque la necesitaba”, responden todos los estúpidos. “Si la necesitaba, venga conmigo. Ya no la necesitará más”.

—Tiene razón la policía. Pero están aquellos que son más listos que todos los guardias. “No viene al caso alzar la voz, no hemos sido amamantados juntos”. Si también la cárcel está llena, siempre hay una celda. “Debería estar solo”. El hombre listo se echa a reír. Nunca ha estado solo. “Querría probar”.

—Y de ahora en adelante lo sabe. No le da más miedo la celda y deja correr a los guardias. Se puede ver el mundo entero, como subir a la luna. Allá hay un muerto; allá hay un borracho; allá una mujer que mata a un niño. “Arréstenslos. Entierren a aquel. Corran”.

—Al contrario, el que es listo no corre, porque la cárcel tiene espacio para todos. Tantas celdas que hay y cada uno tiene la suya. Tiene el derecho de estarse solo. Aquí se ve cómo está hecha la gente, que se enfurece si la dejan en paz.

mental, nunca tenía sueño. Me preguntaba si yo también, dormitando, emitía aquellos suspiros roncos. Me quedaba tranquilo, para adormecerme, para no despertar la angustia, y me parecía sentirla agacharse junto a mi cabeza, lista para comenzar a hacerme daño. Con cautela furtiva me acercaba al olvido. Pero, crujiendo y murmurando, la montaña que era Lorenzo se daba vuelta; yo reabría los ojos a la luz sucia. La ronda entraba con un estruendo de cerrojos. Yo volvía a cerrarlos.

Entrada la noche, me adormilaba y tenía sueños incoherentes en que todo era como antes y mi mente, consciente de su desorden, no podía encontrar ninguna paz allí. Estúpidamente me volvía a ver todavía chico y me escapaba por los campos o conversaba con mi esposa y le dedicaba ternuras tontas.

Bajo el alba, en la penumbra, estaba ya desvelado y presentía el estallar ondeante de la campana, captando su vibración sofocada, que era apagada por quien la agarraba.

Lorenzo se sentaba en el catre solamente cuando llegaban los primeros tintineos caprichosos de los vigilantes en la reja. Y había terminado de vestirse cuando, de celda en celda, el repique del martillo llegaba a la nuestra.

Se abría y el jefe entraba saludando. Un guardia corría a la ventana, quitando la barra.

—¡Digo a todos...! —se oyó gritar una mañana.

—Pasa. Tú —dijo el jefe al guardia—, ¿qué quieres?
En el bullicio ensordecedor, Lorenzo se adelantó, exaltado,
murmurando algo.

—¿Qué pasa? —preguntó el jefe. El guardia esperaba ya
en la puerta.

Mi gigante bajó, en el silencio resonante, una cara blanda
de la que sobresalían los labios. Miró al otro, embobado.

—¿Qué quiere?

—Nada —dijo Lorenzo.

El jefe se tocó la nuca, dudoso.

—¿Tiene alguna queja? —preguntó, deteniéndose en la
puerta.

Lorenzo, dirigiéndose a mí, repitió, diligente:

—¿Tiene alguna queja?

El jefe salió y arrojó la puerta.

Imperturbable, Lorenzo esperó las cosas habituales. Vinieron
a llevarse la basura y le correspondía a él barrerla hacia fuera.
Después remendó una media y mascó chicle. Fuimos juntos
a caminar y Lorenzo, sentado sobre uno de mis periódicos
ilustrados, se apoyó en el muro del patio con la sien entre
las manos. No se dejaba decir nada y gruñó como un perro las
dos veces que lo intenté. Yo me distraje entonces con el cielo,
estudiando el vuelo de las palomas.

Cuando volvimos a la celda, se plantó sobre el taburete y balbuceó con la cabeza baja:

—¿Tiene alguna queja?

—Lorenzo, eso no se hace —le dije nerviosamente—. Aprenda a estar en prisión.

—Si tiene una queja —continuó el terco aquel—, quiero advertirle. Usted no sabe qué es una queja. Hay que hacerla verbalmente y no escribir una solicitud, porque las cartas las conservan y las leen en el juicio. En la cárcel hay que ser listos. Lo tienen aquí de apostilla para saber y para burlarse de usted. Le hacen leer, le hacen escribir, y así está tranquilo y firma todo lo que haga falta. ¿No se ha dado cuenta de por qué vienen a golpear las rejas? No es vigilancia: nunca nadie ha roto los barrotes. Pero golpeando, haciendo estruendo, mañana y noche, esperan confundir la cabeza del preso, de hacerlo gritar, hablar, y le digo ahora: se verá, se verá, pero ahora escriba, ponga la firma. Después advierten al juez.

Como no sabía qué responder, despegué un pedazo de pan de la hogaza y rumié eso que escuchaba con la boca llena.

—Lorenzo —interrumpí—, ¿a este punto lo han reducido? Lorenzo me miró con sospecha.

—No —dijo despacio—. Pero lo intentan con todos. Hay que ser listo.

Esa tarde, a la hora en que comenzaba de nuevo el distante martilleo de las rejas, me volvió a la mente la escena de la mañana. Y fui al catre de Lorenzo, que estaba echado con los ojos muertos en el techo. Lo vi sacudirse.

—Escuche, Lorenzo —le dije con brusquedad—, ¿qué quería finalmente del jefe?

Lorenzo cerró los ojos, como adormilado.

—Lorenzo —repetí—, no se haga el tonto. ¿Qué fue ese engaño de esta mañana?

Sin abrir los ojos, levantó su mano gruesa, haciendo una señal de que pasáramos a otra cosa. Se aproximaba a breves intervalos el martilleo vivaz. Irritado y estimulado por el bullicio, repetí la pregunta y le tomé la muñeca. Con un movimiento rápido y rabioso, el gigante volteó el brazo y me lo puso en el pecho, poniéndose en pie de un salto y poniéndome a mí de rodillas. Me apretó tan convulsivamente la camisa y la piel del esternón que, más allá del impacto, no sentí el dolor. Y me cayeron encima, con un jadeo cálido, dos ojos trastornados.

—¡Para usted, nada! —gritó con voz llena de odio—, ¡ni con usted ni con los otros, no hablo con nadie. No lo quiero ver, ni siquiera de noche. Este catre es mío, esta celda es mía!

Yo me debatía, jadeando, y solo pensaba en una cosa: teníamos que separarnos antes de que entrase el grupo. Me

resonaban en la cabeza los martilleos, cada vez más agudos, me retumbaban en las orejas. Y Lorenzo, con la boca deformada, todavía resoplaba sobre mí, me zarandeaba frente a él, me tiraba bofetadas con su mano enorme.

Después sentí que alguien me arrancó de él, vi guardias y caí al suelo hecho añicos. Tres hombres, encima de Lorenzo, le golpeaban las piernas para hacerlo caer. En la lucha, uno me pisó una mano. Se volcaron todos finalmente sobre el cafre y vi que agarraban a Lorenzo, que escupía y mugía.

—Llévenlo abajo —dijo el jefe, acercándose. Todo el grupo se movió—. Usted, quedese.

Un guardia se separó y, levantando la barra, dio sus golpes ensordecedores. Luego se fueron, cerrando al salir. Un instante después se abrió la puerta.

—¿Le ha hecho daño ese loco? Esté preparado para el acta —y cerraron de nuevo.

NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

El intruso y otros cuentos, de Cesare Pavese, fue resultado de la Beca de Traducción convocada por Idartes en 2024, en la que resultó ganador Juan Díaz Ortiz. La edición que se usó de referencia fue *Notte di festa e altri racconti* (Einaudi, 2005).



CESARE PAVESE

Narrador, poeta, traductor y ensayista italiano, figura esencial de la literatura del siglo xx. Nació en Santo Stefano Belbo en 1908, en Piamonte, y gran parte de su obra regresa a esas montañas para reflexionar acerca de la soledad, el deseo, la memoria y el desencanto. Su labor como traductor de autores estadounidenses —entre ellos Melville, Faulkner y Steinbeck— influyó en su estilo sobrio, directo y moderno.

Publicó libros fundamentales para la narrativa italiana como *La luna y las fogatas*, *El bello verano* y *Entre mujeres solas*. Su poesía, reunida en *Trabajar cansa*, abrió un territorio íntimo donde conviven mito y vida cotidiana. Los diarios de *El oficio de vivir* revelan su lucha constante con la escritura y con su época.

Su vida estuvo atravesada por fuertes tensiones políticas y afectivas, y culminó trágicamente en 1950. Pavese sigue siendo una voz imprescindible para leer la fragilidad y la intensidad de la experiencia humana.



JUAN DÍAZ ORTIZ

Traductor literario, escritor y profesor de literatura. Ha publicado poemas en la revista *Casapáis*, y ha traducido cuentos y poemas del inglés, francés e italiano. *El intruso y otros cuentos* es el proyecto de traducción de más largo aliento que ha realizado hasta el momento. Cuando traduce, intenta reflejar su goce y perplejidad ante la lectura, con el empeño de abrirle a la obra un nuevo espacio en el mundo.



Libro al Viento

COLECCIÓN UNIVERSAL

Es de color naranja y en ella se agrupan todos los textos que tienen valor universal, que tienen cabida dentro de la tradición literaria sin distinción de fronteras o épocas.

- | | | | |
|-----------|---|-----------|--|
| 1 | ANTÍGONA
<i>Sófocles</i> | 18 | ALGUNOS SONETOS
<i>William Shakespeare</i>
<i>De traducción: William Ospina</i> |
| 4 | CUENTOS
<i>Julio Cortázar</i> | 19 | EL ÁNGEL Y OTROS CUENTOS
<i>Tomás Carrasquilla</i> |
| 7 | EL GATO NEGRO Y OTROS CUENTOS
<i>Edgar Allan Poe</i>
<i>Traducción: Javier Escobar Isaza</i> | 20 | IVÁN EL IMBÉCIL
<i>León Tolstoi</i>
<i>De traducción: Margarita Catalina Valencia Vargas</i> |
| 8 | EL BESO Y OTROS CUENTOS
<i>Anton Chejov</i>
<i>Traducción: Editorial Norma</i> | 21 | FÁBULAS E HISTORIAS
<i>León Tolstoi</i> |
| 9 | EL NIÑO YUNTERO
<i>Miguel Hernandez</i> | 22 | LA VENTANA ABIERTA Y OTROS CUENTOS SORPRENDENTES
<i>León Tolstoi</i>
<i>De traducción: Margarita Catalina Valencia Vargas</i> |
| 11 | EL CURIOSO IMPERTINENTE Y UN ELOGIO A LA LECTURA
<i>Miguel de Cervantes</i> | 24 | SIMBAD EL MARINO
<i>Relatos de las Mil y Una Noche</i> |
| 14 | LA CASA DE MAPUHI Y OTROS CUENTOS
<i>Jack London</i> | | |

- | | | | |
|----|---|----|---|
| 25 | LOS HIJOS DEL SOL
<i>Eduardo Caballero Calderón</i> | 41 | CUENTOS
LATINOAMERICANOS V
<i>Mario Vargas Llosa, Felisberto Hernández, Salvador Garmendia</i> |
| 27 | DR. JEKYLL Y MR. HYDE
<i>Robert Louis Stevenson</i> | 43 | CANCIÓN DE NAVIDAD
<i>Charles Dickens</i> |
| 28 | POEMAS COLOMBIANOS
<i>Antología</i> | 44 | MITOS DE CREACIÓN
<i>Selección de Julio Paredes</i> |
| 29 | TRES HISTORIAS
<i>Guy de Maupassant</i> | 46 | MISA DE GALLO Y OTROS CUENTOS
<i>Joaquim María Machado de Assis</i> |
| 30 | ESCUELA DE MUJERES
<i>Molière</i> | 49 | CUENTOS PARA RELEER
<i>Horacio Quiroga, Katherine Mansfield, Italo Svevo, Rubén Darío, Leopoldo Lugones, José María Eça de Queirós</i> |
| 31 | CUENTOS PARA NIÑOS
<i>Anónimo</i> | 52 | EL CORAZÓN DE LAS TINIEBLAS
<i>Joseph Conrad</i> |
| 32 | CUENTOS
LATINOAMERICANOS I
<i>Adolfo Bioy Casares, Carlos Fuentes, Juan Carlos Onetti</i> | 53 | CUENTOS
<i>Saki</i> |
| 34 | CUENTOS
LATINOAMERICANOS II
<i>Gabriel García Márquez, Juan Rulfo, Rubem Fonseca</i> | 54 | CINCO RELATOS
INSÓLITOS
<i>H. P. Lovecraft</i> |
| 35 | BARTLEBY
<i>Herman Melville</i> | 57 | LA VIDA ES SUEÑO
<i>Calderón de la Barca</i> |
| 37 | CUENTOS
LATINOAMERICANOS III
<i>Julio Ramón Ribeyro, Alfredo Bryce Echenique</i> | 58 | POEMAS ILUMINADOS
<i>Santa Teresa de Jesús
Fray Luis de León
San Juan de la Cruz</i> |
| 38 | CUENTOS
LATINOAMERICANOS IV
<i>José Donoso, Sergio Pitol, Guillermo Cabrera Infante</i> | | |

- | | | | |
|----|---|-----|---|
| 60 | HISTORIAS CON MISTERIO
<i>Ueda Akinari</i> | 84 | FICCIONES DESDE BRASIL
<i>Varios autores</i> |
| 61 | CANTOS POPULARES DE MI TIERRA
<i>Candelario Obeso</i> | 85 | LAZARILLO DETORMES
<i>Anónimo</i> |
| 62 | UNA CIUDAD FLOTANTE
<i>Julio Verne</i>
<i>Traducción: Alejandra de Vengoechea</i> | 86 | ¿SUEÑAN LOS ANDROIDES CON ALPACAS ELÉCTRICAS? ANTOLOGÍA DE CIENCIA FICCIÓN LATINOAMERICANA
<i>Varios autores</i> |
| 66 | RELATOS EN MOVIMIENTO
<i>Manuel Gutiérrez Nájera</i> | 90 | QUILLAS, MÁSTILES Y VELAS. TEXTOS PORTUGUESES SOBRE EL MAR
<i>José María Eça de Queirós</i> |
| 67 | HISTORIAS DE MUJERES
<i>Luisa Valenzuela</i> | 91 | ONCE POETAS BRASILEROS
<i>Varios autores</i> |
| 68 | TIERRA DE PROMISIÓN
<i>José Eustasio Rivera</i> | 98 | POESÍA SATÍRICA Y BURLESCA
<i>Francisco de Quevedo</i> |
| 74 | LA HISTORIA DE RASSELAS, PRÍNCIPE DE ABISINIA
<i>Samuel Johnson</i>
<i>De traducción: Diego García Sierra</i> | 99 | DIEZ CUENTOS PERUANOS
<i>Varios autores</i> |
| 75 | ANACONDA Y OTROS CUENTOS
<i>Horacio Quiroga</i> | 100 | TRES CUENTOS Y UNA PROCLAMA
<i>Gabriel García Márquez</i> |
| 77 | ESCRIBIR EN BOGOTÁ
<i>Juan Gustavo Cobo Borda</i> | 102 | DE MIS LIBROS
<i>Álvaro Mutis</i> |
| 78 | EL PRIMER AMOR
<i>Iván Turguéniev</i> | 103 | CARMILLA
<i>Sheridan Le Fanu</i> |
| 81 | ALGUNOS ESPECTROS ORIENTALES
<i>Lafcadio Hearn</i> | 107 | TRES CUENTOS DE MACONDO Y UN DISCURSO
<i>Gabriel García Márquez</i> |

- 108 CARTA SOBRE LOS CIEGOS PARA USO DE LOS QUE VEN**
Denis Diderot
- 110 50 POEMAS DE AMOR COLOMBIANOS**
Varios autores
- 111 EL MATADERO**
Esteban Echeverría
- 113 EL CASTILLO DE OTRANTO**
Horace Walpole
- 116 ONCE POETAS HOLANDESES**
Varios autores
- 119 GUADALUPE AÑOS SIN CUENTA**
Teatro La Candelaria
- 120 PRELUDIO SEGUIDO DE LA CASA DE MUÑECAS**
Katherine Mansfield
Traductora: Erna von der Walde
- 121 SYLVIE, RECUERDOS DEL VALOIS**
Gérard de Nerval
Traductor: Mateo Cardona
- 122 ONCE POETAS FRANCESES**
Varios autores
- 124 BODAS DE SANGRE**
Federico García Lorca
- 127 LA HISTORIA DEL BUEN VIEJO Y LA BELLA SEÑORITA**
Italo Svevo
- 128 LA MARQUESA DE O.**
Heinrich von Kleist
- 132 ONCE POETAS ARGENTINOS**
Varios autores
- 135 EL HORLA**
Guy de Maupassant
- 137 SHAKESPEARE, UNA INDAGACIÓN SOBRE EL PODER.**
Estanislao Zuleta
- 139 CUENTOS MÍTICOS DEL SOL, LA AURORA Y LA NOCHE**
Teófilo Braga
Traducción Beatriz Peña trujillo
- 144 NOVELA DE AJEDREZ**
Stefan Zweig
- 145 RELATOS DE FANTASMAS**
Edith Wharton
- 146 AL AMPARO DEL BOSQUE**
Varios autores
- 149 DIEZ CUENTOS DEL DECAMERÓN**
Giovanni Boccaccio

- 150 VIAJE ALREDEDOR DE MI HABITACIÓN**
Xavier de Maistre
- 153 UN CORAZÓN SENCILLO**
Gustave Flaubert
- 159 UN AVE POSADA ALLÁ A LO LEJOS**
14 TEXTOS BREVES
Virginia Woolf
- 160 SEIS PERSONAJES EN BUSCA DE AUTOR**
Luigi Pirandello
- 161 VACÍO Y OTROS CUENTOS**
Andrés Caicedo
- 164 POR FIN HA COMENZADO EL FIN**
Eun Heekyung, Han Kang, Jung Young Su, Kim Kyung-uk y Lee Moon-jae
- 165 IDEAS DE CANARIO**
Joaquim Machado de Assis
- 169 EL HOMBRE QUE EL AGUA SE LLEVÓ**
Fabio Morábito
- 172 UN ARTISTA DEL HAMBRE**
Franz Kafka
- 176 ENTRE LA ESPADA Y LA ROSA**
Marina Colasanti
- 177 EL SIRÍACO**
Laura Restrepo
- 181 DIARIOS DE ADÁNY EVA Y OTROS RELATOS**
Mark Twain
Traducción: Diego Uribe-Holguín
- 182 LOS CAMINOS DEL JUGLAR**
Daniel Rabanal
Selección de Beatriz Peña Trujillo

Este ejemplar de Libro al Viento es un bien público. Después de leerlo, permite que circule entre los demás lectores.

Escanea este código
e ingresa a la biblioteca digital,
donde tendrás a disposición
más de 100 de nuestros títulos.



INTRUSO



(Campesino sentado y dormido de Nicolai Abildgaard)

El intruso y otros cuentos fue editado por Idartes para su programa Libro al Viento, bajo el número 184, y se imprimió en el mes de noviembre de 2025.



184

“¿Dónde están, en la literatura actual, las voces que ficcionarán otras masculinidades que no estén condenadas a la soledad del patriarcado? ¿Cómo imaginar un mundo nuevo donde la reparación y el reencuentro entre hombres y mujeres sea posible? Leemos a Pavese porque es un maravilloso narrador, pero también porque en su cuestionamiento urgente está parte de la literatura del futuro”.

Catalina Navas



COLECCIÓN UNIVERSAL

libro al
viento



DISTRITAL DE LAS ARTES
IDARTES

